

SAINT-PAULIEN

PORQUE PERDI LA GUERRA

Por

ADOLFO HITLER

MEMORIAS

DE

ULTRATUMBA

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

LUIS DE CARALT

EDITOR

Ganduxer, 88

BARCELONA

Título de la obra original :
POURQUOI PERDU LA GUERRE par ADOLF HITLER

Versión española
de
Sylvia Ruiz

Primera edición : Junio 1970

Reservados todos los derechos
(c) LUIS DE CARALT, 1970
Impreso en España
Printed in Spain

Depósito Legal B. 42308 - 1970

Nº registro 434-70

Gráfica. Casulleras, Sepúlveda, 79 - Barcelona - 15

Los miserables europeos, prefirieron representar el papel de armagnacs y borgoñones, en vez del gran papel que sobre la tierra desempeñaron los romanos... Su número y sus medios no fueron nada comparados a los nuestros; pero supieron encontrar en las entrañas de sus pollos ideas más justas y consecuentes que las contenidas por nuestras ciencias políticas.

PAUL VALÉRY
(Miradas sobre el inundo actual)

PRÓLOGO

Adolfo Hitler, Führer y canciller de Alemania, murió hace veintitrés años. ¿De qué manera han podido llegar por tanto hasta nosotros las palabras que colocamos en su boca?

Para ello hemos tenido que utilizar cantidades de documentos, conocidos, mal conocidos, desconocidos, escamoteados o testimonios directos. El historiador que a costa de las mayores dificultades estudia los años comprendidos entre 1930 y 1945, tuvo que haber participado en los acontecimientos para comprender el verdadero sentido de cualquier texto o cualquier acto. Sobre todo, le ha sido indispensable el conocimiento de los hombres. Fue en el año 1937 cuando me presentaron a Hitler en Nuremberg. Tuve también varias ocasiones para verle y oírle. Conocí también personalmente a sus principales colaboradores : el mariscal Goering, Rudolf Hess, Heinrich Himmler, Joachim von Ribbentrop, Joseph Goebbels, Alfred Rosenberg, Baldur von Schirach y algunos otros más. Pude incluso departir largamente con algunos de ellos. Quiero finalmente dar las gracias al coronel Otto Skorzeny, personaje de valor universal, que ha tenido la amabilidad de aclararme algunos problemas de tipo militar y al coronel Rudel, el aviador de los 2.600 vuelos contra el enemigo. Hitler se sintió obligado a inventar para él una condecoración especial, ya que las ya existentes no alcanzaban a recompensar su valor y su fidelidad.

Antes de la guerra me fue dado también estudiar sobre el terreno el funcionamiento del Partido nacionalsocialista, de las Juventudes hitlerianas y las organizaciones alemanas tales como el Frente del Trabajo. Quizás algunos conozcan mejor que yo "el fenómeno nazi", pero me atrevería a decir que para mí no hubo jamás "misterio" nacionalsocialista.

Hitler ha muerto, pero su fantasma sigue planeando sobre el inundo. Su espectro merodea por doquier. Así es que ante los acontecimientos de que es escenario el mundo, el canciller del III Reich vuelve a adquirir aquí la palabra. Desprovisto de cualquier servidumbre humana, se expresa con la firme voluntad de esclarecer y juzgar todos sus actos pasados, sin olvidarse de considerar su proyección y su influencia en el presente y en la historia futura. En el seno del universo que es ahora el suyo, nada le impide escuchar las explicaciones y acusaciones hechas por sus adversarios o por antiguos altos funcionarios que le habían prestado antes juramento. No tiene nada que perder, nada que ganar, diciendo la verdad sobre los hechos que en 1968 pueden conocerse y publicarse.

Si esta exposición directa de la política hitleriana de 1922 a 1945 esclareciese tan sólo el pasado, no dejaría tal vez de tener cierto interés. Igual que resulta difícil penetrar en la actualidad la verdadera naturaleza del romanticismo alemán, igualmente la prolongación y las expresiones políticas, sociales, guerreras de tal movimiento — es decir, el nacionalsocialismo — se hacen cada vez más incomprensibles. Millares de cronistas e historiadores de nuestra época aparecen errabundos (incluso actuando de buena fe) entre los escombros de un mundo cuyo sentido se les escapa. Otros historiadores, éstos ya más escasos, se sacrifican a la moda, y no dejan que la verdad aparezca más que furtivamente en sus plumas.

No es nuestra pretensión revelar toda la verdad ; pero por lo menos, tenemos la certidumbre de haber hecho todo lo posible para conocerla y expresarla, costara lo que costara. Como el mariscal Lyautey y el doctor Alexis Carrel, creemos que las guerras franco-alemanas son verdaderas guerras civiles.

Es Hitler quien habla aquí y los temas que sostiene no son expresión de nuestro pensamiento. No se trata, por tanto, de una defensa, y menos todavía de una apología de la política hitleriana. Esta política, tal como fue concebida y aplicada, precipitó finalmente Occidente en el caos donde todavía se debate en la actualidad. Por razones diversas, no podemos más que reprobarla.

Sin embargo, pese a lo que se diga o haga, Alemania, vecina de Francia, seguirá siendo siempre una de las piezas maestras de Europa y de Occidente. Muchos de los problemas aquí evocados,

permanecen sin solución: nos parece que este mensaje de ultratumba interesará sobre todo al porvenir.

Hoy como ayer, si Alemania y Francia consiguieran entenderse con sinceridad, Europa — por fin — existiría y conseguiríamos hacer todos el mejor negocio de la Historia.

ST. P.

LIBRO PRIMERO

La miseria, la guerra, el partido

CAPÍTULO PRIMERO

Mi miserable juventud

La revelación de Rienzi - La guerra

En Viena, el hambre me fue fiel durante cinco años; cada libro comprado, una representación en la Ópera, me valían su compañía al día siguiente... Doy las gracias a aquella época por haberme forjado el carácter.

ADOLFO HITLER
(*Mein Kampf*)

La lectura de Houston Stewart Chamberlain, cuyas teorías raciales se aproximaban a las tesis de un diplomático y orientalista francés, el conde de Gobineau, tuvo un significado decisivo para un joven que había crecido en la atmósfera de las luchas nacionales y las rivalidades étnicas germano-checas.

WALTER GORLITZ y H. A. QUINT
(*Adolf Hitler*)

Nací en Braunau-del-Inn el 20 de abril de 1889, es decir, entre los signos de Aries y Tauro. Fui el infiel súbdito de un Habsburgo, el emperador Francisco José, cuyo hermano Maximiliano, efímero emperador de Méjico, había sido fusilado en Querétaro en el año 1867. Éste, por lo menos, había aceptado todos los riesgos del oficio.

Los favoritos del emperador eran célebres, pero lo cierto es que se encontraba muy mal aconsejado. Personalmente, nunca me sentí austriaco, sino alemán. Llamarse austriaco a principios de siglo carecía de sentido : se era magiar, servio, croata, rumano, checo, tirolés, italiano o esloveno. Yo era alemán.

Mi padre, Alois, un respetable brigada de las aduanas imperiales, tenía la costumbre de terminar cualquier discusión con estas palabras : «No necesito pensar; soy funcionario». Hasta la edad de treinta y nueve años llevó el apellido de Schickelgruber, que era el de su madre, que había sido seducida por mi abuelo, Johann Hiedler o Hitler, molinero de oficio. A la edad de ochenta años y a instancias del cura, legitimó a Alois ; Schickelgruber, apellido que habría resultado imposible en política, desapareció. Sin los tardíos remordimientos de mi abuelo, el mundo no sería en la actualidad lo que es. Resulta inimaginable el apellido de Schickelgruber sobre un cartel de propaganda ni el *SIS Leibstandarte Adolf Schickelgruber*. Habría resultado ridículo.

Si respeté a mi padre, amé profundamente a mi madre, Klara. Fue una santa mujer, bondadosa, piadosa y que soñó hacer de mí un católico ejemplar y un buen funcionario. No lo consiguió. Todavía recuerdo aquella habitante de Lille que asomada en la ventana y al verme llegar, en el año 1940, exclamó mientras se persignaba : « ¡ Es el diablo ! » Sin embargo, no tuve una formación protestante y la pompa de las ceremonias de la Iglesia romana me impresionó siempre. Precisamente se empeñan ahora en destruir, con bastante inconsciencia, esa misma pompa.

Más tarde consideré a la Iglesia católica como un partido uni

versal, con magníficos miembros, un Secretario general que puede expresarse *ex cathedra*, un Directorio revestido de uniformes púrpura, un buró político vestido de morado ; secretarios de sección de negro y pardo y propagandistas de blanco. Grandes palacios espléndidos, cantos gregorianos, san Agustín, Miguel Angel, Rafael, Vivaldi, y al final del camino, la vida eterna. ¡ Qué organización !

Mi madre me hizo estudiar canto ; y de ocho a once años, pertenecí a la famosa escolanía de los benedictinos de Lambach. Estudié también piano durante siete u ocho años y tocaba pasablemente. Tenía, al parecer, alguna disposición, pero las lecciones costaban caras. En aquella misma época, mis héroes eran los generales boers Joubert, Botha, Dewet, que luchaban contra los ingleses en el Transvaal. Sentía gran admiración por el presidente Krüger y soñaba morir por Pretoria.

Se han hecho millares de relatos sobre mi infancia y la mayoría son inexactos. Quise ser pintor, pero no sabía pintar. No es de extrañar que fracasara en los exámenes de ingreso de la Academia de Bellas Artes de Viena. Mis adversarios podrían pretender que el tema del examen tenía que haberme inspirado : era el diluvio.

Tras la muerte de mi padre, mi madre se trasladó a la Humboldtstrasse, en Linz, mi ciudad favorita, a orillas del Danubio. A la pobre mujer no le quedaba ya mucho tiempo de vida. Un día, con mis ahorros, compré un billete entero de la lotería imperial. Estaba persuadido que ganaría el primer premio y durante un mes soñé con reconstruir Linz. Mi decepción fue grande. Tenía entonces dieciséis años y un dios : Ricardo Wagner. El día que escuché por primera vez *Rienzi* y la famosa tonada : ¡ *En pie! ¡ Nueva Roma!*, tuve una especie de revelación.

¿Quién se acuerda ahora de la historia de Cola di Rienzo? Debería meditar sobre ella. Es la historia de la ingratitud, de la inconstancia y de la crueldad de las masas humanas. Hijo de un tabernero, Rienzo fue un aristócrata popular. Expulsó de Roma a los feudales, los aprovechados y los bandidos que mantenían en la época la Ciudad Eterna a raya a la vez que habían alejado de ella al Papa. Cuando proclamó el *Buono Stato* (1), es decir, el

(1) 20 de mayo de 1347.

Nuevo Orden, el pueblo le aclamó, le hizo su ídolo y le ofreció un poder dictatorial. Incluso obtuvo la protección de un papa inteligente, un francés llamado Etienne Aubert (1). Rienzo estuvo a punto de realizar la unión italiana cuando fue traicionado. Había sido demasiado confiado. Los nobles corrompidos que había castigado fomentaron algunos disturbios. La insurrección estalló. Hecho prisionero, el valiente y honrado Rienzo fue acusado de tiranía y colgado por los pies hasta que murió, en la plaza de San Marcelo, en Roma. En la obra *Rienzi*, los conspiradores cantan :

*¿El populacho? ¡ Basta!
Rienzi desaparecido, volverá a ser
lo que fue.*

Fue también la historia del *Duce*. Y es igualmente un poco la mía. *Rienzi* fue una revelación y también una advertencia del destino que entonces no comprendí. La música de Wagner me transportaba ya en un estado de exaltación y nada me parecía entonces imposible.

Después de mi fracaso en la Academia y la muerte de mi madre, conocí a los dieciocho años la miseria. Viví primeramente en Viena con un amigo de Linz, llamado August Kubizek (2) que pre-

(1) Obispo de Noyon y Papa en Aviñón bajo el nombre de Inocencio VI. Fue él quien suspendió en Bretigny (1360) la guerra de los Cien Años.

(2) En *El joven Hitler que conocí*, A. Kubizek ha hecho el relato de la revelación wagneriana. Después de la representación de *Rienzi* en Linz, dice: «Adolf y yo tomamos el camino que llevaba a la cima del Freiberg: Adolf caminaba sin decir palabra y sin darse cuenta de mi presencia. No lo había visto nunca tan extraño y tan pálido... Cuando llegamos a la cima, la niebla había desaparecido — las estrellas brillaban intensamente —, Adolf se volvió entonces hacia mí y me cogió ambas manos, apretándolas fuertemente entre las suyas. Sus ojos brillaban animados y su voz delataba una profunda emoción. Me pintó un delirante retrato de su porvenir y el del pueblo alemán. Yo había creído siempre que mi amigo que ría consagrarse a la pintura o la arquitectura: no se trataba ya de eso. Me habló de ambiciones más elevadas que yo no comprendí muy bien...» Los dos amigos se separaron a las tres de la madrugada y Kubizek vio como Hitler regresaba a la montaña. «—¿Dónde vas? — le pregunté extrañado. —Quiero quedarme solo — respondió brevemente. Le seguí durante largo rato con la mirada hasta que desapareció en la noche, envuelto en su abrigo oscuro.»

paraba su ingreso en el Conservatorio de Música. Era muy generoso y yo conservaba todavía en mi poder las setecientas coronas de la herencia de mi madre, además de una pequeña pensión mensual de veinticinco coronas, que eran en cierto modo una beca sobre la pensión de mi padre. Vivíamos de leche, pan y sueños. Durante el día, August efectuaba sus ejercicios en un piano alquilado. Yo escribía una ópera germánica sobre los Dioses y los Héroeas, *Götter und Helden*, con una instrumentación inverosímil : cítaras, largas trompetas cavernosas de estilo vikingo y violas con tres cuerdas. *Götter und Helden* era irrepresentable : ¡ poco importaba! También me dedicaba a trazar los planos de la nueva ciudad de Linz, con barrios obreros, túneles con vías férreas, que desembocaban en el corazón de Viena : algunas veces reconstruía Berlín. Leía con frenesí a Goethe, Schiller, Fichte, Hegel, Nietzsche y me sentía transportado a un mundo digno del hombre. « *¿Qué es lo que está bien? Ser valiente; ¡ eso es lo que está bien!*» Cuando leí aquellas palabras, comprendí que tenía que reunir a las gentes valientes y que ellos dominarían el mundo.

Leí también a Shakespeare, Ibsen, H. S. Chamberlain y extractos de Gobineau que decían : «Wagner es mi único contemporáneo» y cuyo *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* había sido dedicado en 1854 a Su Majestad Jorge V, rey de Hannover. En su dedicatoria, el conde de Gobineau decía :

«Sire..., los acontecimientos considerables, las revoluciones, las guerras sangrientas, los derrumbamientos de leyes, que hace demasiados años han regido sobre los Estados europeos, hacen volver cómodamente el pensamiento sobre los hechos políticos. Mientras que el mediocre no considera más que los resultados inmediatos y no admira y desaprueba más que las chispas eléctricas que afectan los intereses, las personas más sensatas tratan de descubrir *las causas ocultas* de tan terribles conmociones...»

Estas líneas fueron para mí otra revelación. No era el acontecimiento económico el que en último análisis determinaba las convulsiones de las sociedades humanas, sino el contenido *huma-*

no de aquellas sociedades el que fabricaba el acontecer, económico o político. Había encontrado el Camino.

La aviación me apasionaba. En unión de Greiner y Kres, un ingeniero, dibujaba y fabricaba pequeños aviones : tres modelos *Kondor* y el famoso *Lucifer*. Uno de aquellos pequeños aparatos logró volar durante cinco minutos. ¡ Todo un éxito !

Una noche llegué a crear con la imaginación la *Reichsmobil Orchester*, una gran orquesta motorizada, que se desplazaría hasta las regiones más apartadas para interpretar, bajo la batuta de los mejores directores, a Bach, Gluck, Haendel, Mozart, Albinoni, Vivaldi, Beethoven y Wagner. Más tarde, cuando fui canciller, realicé aquel sueño, pero con el teatro.

Más de ciento cincuenta músicos y tres directores de orquesta, ¿no crees que es demasiado? — me preguntaba Kubizek.

—¡ Hay que ver las cosas en grande !

—¿Y el dinero?

El dinero carece de importancia. Sólo cuenta la idea.

La vida se encargaría de desilusionarme. August se asustaba muchas veces ante mis entusiasmos y mis rebeliones, a los que sucedían largos periodos de silencio. «¿Estás enfadado conmigo?», preguntaba. Yo le pedía disculpas. ¡ Era un tipo magnífico ! Llegaba a comprenderme algo. Tenía, además, mucho talento. Cuando salió del Conservatorio de Viena, comenzó para él una bonita carrera de director de orquesta y compositor que truncó desgraciadamente la guerra.

Cuando se demostró finalmente que no podría estudiar jamás en la Academia de Viena ni ingresar en la Escuela de Arquitectura, me separé del buen Kubizek. ¿Para qué seguir molestándole? Sabía perfectamente lo que me esperaba : la miseria. La encontré por todas partes, tanto en Viena como en Munich, desde 1908 a 1914. Ejercía varios oficios : mozo de cuerda, jefe de «claqué», albañil, dibujante publicitario. Conocí hoteles miserables, albergues nocturnos, la comida de beneficencia donde la promiscuidad resultaba abominable. Durante cinco años estuve errante por los bajos fondos de aquel mundo vienés de fachada brillante y llegué a familiarizarme con el hambre, el frío y la desesperación. No lo he lamentado nunca. Dios me impuso todas aquellas pruebas para que nadie pudiera reírse de mí cuando años más tarde hablara de la miseria del pueblo.

El mayor hombre con vida de todo el planeta era para mí Otto, príncipe de Bismarck-Schünhausen, que en 1870 había fundado el Reich en Versalles, en la Galería de los Espejos. Guillermo II y su «pandilla cortesana», como él decía, le echaron. Nadie se movió. Durante el tiempo que fui acuarelista y pintaba por algunas coronas «recuerdos de Viena» : la Ópera, la catedral de San Esteban, el palacio de Schoenbrunn, representaba también el cruceiro *Bismarck* (botado en marzo de 1897) a plena marcha. Aquello me permitía escuchar una vez más *Tristán*. Durante cinco años lo aplaudí unas cuarenta veces.

Tengo que hacer una confesión. Mi ida a Viena se debió también a que sabía que la hermana de uno de mis camaradas de Linz proyectaba establecer allá su residencia. Estefanía Jensten era rubia y bella, pero pertenecía a una de las familias más acaudaladas de la región. En Linz daba vueltas y más vueltas para concederme el inmenso placer de verla mientras se paseaba con su madre por la Landstrasse. ¡ Cómo latía entonces mi corazón ! ¡ Qué feliz era! Cuando supe que había llegado a Viena, experimenté una felicidad inmensa. Me sentía capaz de conquistar el mundo por ella. Pensaba entonces en la declaración que un día le escribiría e iba repitiéndola mil veces en mi mente. Mientras tanto, la comparaba a una de aquellas Vírgenes maravillosas de la Historia del Santo Grial y le escribía poemas (entre ellos un *Himno a la Bienamada*) que leía a Augusto y que como era natural jamás le enviaba. Aquella fue, sin duda, la época más feliz de mi vida.

Tuve que tocar de nuevo el suelo. Comprendí que mis pretensiones sentimentales eran insensatas. Tras mi segundo fracaso en la Academia, me convertí en un vagabundo. Iba vestido con una chaqueta de color azul descolorido y con un pantalón arrugado, que lavaba yo mismo varias veces. Sentía deseos de volver a ver a Estefanía, por lo menos una vez más, tan sólo una vez más. Me había informado, conocía la casa donde residía y había pensado acudir a verla a escondidas. Pero al final, la idea me causó horror. Si no era capaz de aparecer a rostro descubierto ante la mujer que amaba, más valía no volver a verla y permanecer en la sombra para siempre. Como sabía exactamente dónde estaba el objeto

de mi pasión, evité definitivamente pasearme por aquellos barrios. Sólo después de mi muerte, Estefanía supo que yo había sentido por ella aquel sentimiento que el amigo Kubizek calificaba con entusiasmo : « ¡ Pero se trata de un gran amor ! ¡ Qué suerte la tuya! » Tenía razón.

Volver a encontrar a Estefanía en la esquina de una calle fue durante un año mi obsesión. ¡ Qué vergüenza la mía si me hubiera reconocido ! De esa forma, quedé prisionero en el interior de los barrios más pobres y malolientes de Viena, donde pululaban más de ciento cincuenta mil judíos de la peor especie. De los siete miembros del jurado que habían rechazado mi trabajo en la Academia, cuatro eran judíos. Sin embargo, tal como dije en *Mein Kampf*, no vi en principio «en el judío, más que un hombre de una confesión diferente, y seguía reprobando, en nombre de la tolerancia y el humanitarismo, cualquier hostilidad sur^gida de consideraciones religiosas. En particular, el tono de la prensa antisemita de Viena me parecía indigno de las tradiciones de un gran pueblo civilizado. Estaba obsesionado por el recuerdo de ciertos acontecimientos que se remontaban a la Edad Media y no hubiera querido verlos repetirse» (1).

Viví durante cuatro años entre los más menesterosos, retorcidos y menos escrupulosos de aquellos judíos. Los que no vivían en aquellos ghettos, daban a la prensa, al arte, a la literatura y al teatro un singular estilo. Ni el cine ni la radio ni la televisión existían entonces, pero de haber existido, habrían sido en Viena los dueños de esos medios de expresión.

En los barrios donde me veía obligado a vivir experimentaba náuseas al percibir el olor ácido de quienes vestían caftan. Como ya he dicho, el papel que los judíos representaban en la prostitución podía estudiarse allá con facilidad. Me di cuenta luego de que ni un solo periódico de opinión nacionalista tenía judíos entre sus redactores. Todos éstos eran marxistas o ya «compañeros de viaje» y también reparé en que la socialdemocracia, esperanza de los obreros austríacos, se hallaba ella misma entre las manos de los judíos, y que aquellos dirigentes «revolucionarios» cultivaban el arte de *la* mentira con tal perfección, que quedaba

(1) *Mein Kampf*, tomo 1, cap. 2.

petrificado cuando estudiaba Karl Marx y comprobaba el uso que de él hacían. Me persuadí así de que si el judío llegaba a obtener la victoria sobre los pueblos de este mundo, «su diadema sería la corona mortuoria de la humanidad». Después de mi estancia en los bajos fondos de Viena, creo además que ni un solo hombre en el mundo habría podido impedir de comportarse como un antisemita furibundo en tales circunstancias. No quiero pedir disculpas por aquella actitud, que fue finalmente nefasta al destino de Alemania y de Europa, sino explicarla lo mejor posible.

Experimentaba inmensa admiración por uno de los jefes del Partido socialcristiano, cuya propaganda era entonces profundamente antisemita: el doctor Karl Lueger. Había sido elegido a la sazón burgomaestre de Viena contra la voluntad del viejo emperador Francisco José, incapaz de comprender que su imperio llevaba en sí los elementos de su destrucción. El antisemismo de Lueger era violento, pero hábil. Hacía una distinción entre los 195.000 judíos que constituían, en general, los bajos fondos vieneses y los diez o doce mil restantes que pertenecían a la burguesía y daban sus votos a los socialcristianos. Querían convertir los judíos al cristianismo. ¡Tarea desgraciadamente imposible! Sin embargo, Lueger conocía perfectamente a los hombres y las instituciones, pero bastante menos las ideas. Aquel excelente táctico no pudo salvar la monarquía bicéfala. Bajo el punto de vista social era un reformador con impulso. Quiso depurar y renovar Viena, creyendo que un corazón nuevo devolvería la vida al cuerpo moribundo de Austria-Hungría. Ignoraba que la burguesía estaba tan ciega como para llegar a la abdicación completa de sí misma. No supo ganarse a las masas y pronto estuvo todo perdido. Por lo menos, tuvo un bonito entierro.

Aprendí mucho escuchando al doctor Lueger y viéndole actuar. No se equivocaba mucho. La prueba fue que entre la purria donde me veía obligado a vivir, también encontré mi buen judío: fue Neumann. Iba yo vestido de harapos cuando le encontré. Me dio un pantalón y un largo redingote oscuro, una auténtica levita, de manera que en el barrio de Brigittenau, entre los judíos balcánicos, polacos y rumanos, pasaba un poco desapercibido. Más tarde encontré trabajo gracias a Neumann y dibujaba carteles

publicitarios con destino a una firma de géneros de punto para señoras. Me proporcionó incluso una modelo llamada Gretl, cuyos ojos me recordaban los de Estefanía. El primer día, yo no había comido todavía y Gretl me ofreció gentilmente repartir su comida. Era carne de cerdo. Me negué a aceptar, puesto que desde hacía tiempo era ya vegetariano.

—No me gusta comer cadáveres — le dije.

—¡ Qué lástima que no disponga de un cerdo vivo ! Sería divertido ver cómo se lo comía.

Nos echamos a reír. En cuanto cobré un anticipo por los carteles, ofrecí a Gretl un ramo de rosas. Estaba prometida a un israelita, con el cual tuve unas palabras tan coléricas que se hizo proteger por un policía privado.

Todos conocen la existencia de Neumann, que quiso que yo hiciera carrera a su lado en Prusia ; pero ignoran que tuve también mi «buen judío» en política. Bismarck lo admiró mucho : fue Ferdinand Lassalle, nacido en Breslau en 1825 y muerto en duelo en agosto de 1864, como consecuencia de un asunto sentimental, cuya heroína fue la señorita Von Doenninges. En su célebre libro *La Guerra de Italia y la misión de Prusia*, Lassalle preveía que la unidad alemana saldría de resultados de la unidad italiana realizada por Francia. Los rasgos más característicos de Lassalle eran el culto de la fuerza y el anticosmopolitismo. Yo también era de aquella opinión. Pero yo residía en Viena, donde el imperio eslavo de los Habsburgo no tenía más que un dios : el Becerro de Oro. Bastaba echar una mirada sobre los diarios de Praga para comprender que la Austria alemana era permanentemente traicionada.

El hambre hace el cerebro lúcido y ágil. Yo no fumaba ni bebía alcohol. Sin embargo, estaba gravemente intoxicado por un veneno que no logré jamás eliminar totalmente : el supernacionalismo germánico. Si bien era razonable para un hombre de idioma y educación alemanes desear ardientemente que todos los alemanes estuvieran reunidos en un vasto imperio, resultaba ilógico que aquella reunión se efectuara sobre el cadáver de Europa. Desde la Revolución francesa, el virus ultranacionalista ha llevado a Europa a su perdición. Docenas de millones de hombres, mujeres y niños, han sido víctimas inocentes de una doctrina demencial que no aportó a la civilización más que ruina y muerte.

Cuando estalló la I Guerra Mundial, caí de rodillas y desde el fondo de mi corazón di las gracias al Cielo por haberme acordado la gracia de vivir aquella época. ¡ Ignoraba que la inmensa matanza fue provocada deliberadamente en Sarajevo por asesinos que el agregado militar ruso en Belgrado había pagado !

¿Pero qué importaba? ¡ Se había acabado la miseria! Iba a entrar, por fin, en el mundo heroico soñado durante tantos años. Así como el papel de la mujer es dar a luz, el del hombre es combatir. Despreciaba demasiado la vida para lamentar su pérdida y percibía confusamente que de aquel conflicto surgiría una revolución. El 3 de agosto de 1914, encontrándome en Munich, dirigí a S. M. Luis III de Baviera una súplica en la que solicitaba el honor de servir, no en una unidad austriaca, sino en una unidad alemana. La autorización me fue inmediatamente concedida. Casi todos mis biógrafos afirman que yo disfrutaba de una salud de hierro. Sin embargo, la tuberculosis hizo estragos entre mis hermanos y hermanas y tres de ellos murieron a muy temprana edad ; incluso yo fui contagiado. A pesar de que tenían que haberme dispensado del servicio militar por causa de aquella afección pulmonar, fui declarado *apto*.

Después de tres meses de instrucción, me encontré en el frente, ante Ypres. Tenía entonces veinticinco años.

Siendo soldado de la 1.^a Compañía del 16.º Regimiento de infantería bávara, me presenté voluntario para todo, exactamente para todo. Al principio no me importó que me mataran. Después, fui menos temerario. Con franqueza y humildad, tengo que confesar que conocí el miedo. El soldado de infantería cogido entre el fuego cruzado de unos nidos de armas automáticas conoce el miedo. De otra manera carece de la noción del peligro. Se puede sentir miedo ; pero lo principal, es no demostrarlo mientras se van sacando oportunidades para uno mismo. ¿Cómo hacerlo? Hay que proceder como si el miedo no existiese ; dominar el miedo es dominar su causa, es decir, dominar la guerra entera. Cierto también que al cabo de dos o tres años, uno acaba acostumbrarse al peligro ; el soldado de infantería se convierte en una especie de funcionario. Una máquina. Toma el relevo de sus camaradas igual que un burócrata acude al ministerio o al banco, sin

pensarlo siquiera. Está resignado, embrutecido ; carece de reflejos. Y casi siempre acaba por matarle la rutina.

En este juego al escondite con la muerte, decidí estar siempre alerta, no dejarme arrastrar por la desesperación, no esperar de una forma pasiva que llegase la muerte, sino emplear a fondo todos los instintos que permiten al soldado conservar su vida. Estaba completamente solo en la vida, solo con ideas cuyo poder era entonces nulo. No tenía padre, ni madre, ni mujer, ni hijos. Tenía pocos amigos. ¡ Habría sido tan fácil morir ! Habría muerto desconocido, igual que muchos soldados alemanes y mis huesos se habrían mezclado tal vez con los de un francés o un inglés, que eran mis camaradas de enfrente, víctimas de la misma fatalidad y miembros de la misma familia : la infantería. Hitler sería hoy un desconocido y tal vez algunos millones de seres muertos de 1939 a 1945 estarían ahora vivos. O acaso otra guerra, todavía más terrible que la última, habría estallado y el mundo occidental ya no existiría.

No recibía demasiada correspondencia — alguna de mi hermana Paula — y todavía menos paquetes. Durante el reposo, cuando llegaba el soldado encargado del correo, yo acostumbraba a quedarme algo apartado. Al no esperar nada, podía consolar a los que aguardaban una carta y no recibían nada : comprendía perfectamente la angustia de aquellos hombres. Como me presentaba siempre voluntario para las tareas y la solidaridad de la trinchera no era una palabra vana, mis camaradas insistían en compartir conmigo sus paquetes. Pero yo no tenía nada para ofrecerles a cambio, por lo que me negaba siempre y no aceptaba más que cigarrillos que podía dar yo después a algún centinela olvidado en el fondo de su pozo lleno de agua. Tenía muchos camaradas. Un amigo era otra cosa.

Nosotros, los de infantería europea, tanto de un bando como otro, pertenecíamos a la misma familia. No sentíamos odio alguno. Tuve ocasión de decírselo al presidente Daladier que mandaba una compañía de infantería en un sector en el que estábamos frente a frente. Daladier matando a Hitler, o a la inversa, ¡ vaya titular para los periódicos de 1939 ! Muchas veces descubría y señalaba los centinelas, hundidos en el agua, del bando de enfrente e inmediatamente dejábamos de disparar. También se obraba a la recíproca. Tanto si íbamos vestidos de caqui, verde o azul ce-

leste, todos estábamos recubiertos de barro, teníamos el mismo rostro color tierra y la misma tierra acababa tragándonos. Serví con orgullo en infantería y lo he recordado siempre con emoción. Incluso cuando estuve en la cima del poder.

El soldado piensa siempre en una mujer. Estefanía estaba siempre presente para mí, a mi lado, en las trincheras. Era una presencia dulce y amarga a la vez. No tuve jamás valor de escribirle. ¿Para qué? Estaría sin duda prometida (1), pero nadie podía impedirme que pensara en ella. Deseaba que fuera feliz, como yo lo era también a mi vez, puesto que si hubiera ido a Linz o a Viena, podría haberme presentado a ella sin vergüenza. Con el uniforme, todos éramos iguales.

Neuve-Chapelle, La Bassée, Bapaume, Arras, Ypres, Montdidier, la llanura de Craonne, el Camino de las Damas... ¡Cuántas veces se citaron aquellos nombres en los comunicados de la Gran Guerra! Yo estaba allí. La vida no me había dado gran cosa y yo no esperaba más que una muerte en el campo de honor. Sin embargo, ningún hombre de veinticinco años tiene demasiado interés en morir. Reflexioné y decidí salvaguardar mi vida sin dejar de exponerla.

El único puesto que correspondía a mi concepto del servicio y en donde la inteligencia y el instinto desempeñaban un papel importante era el de agente de enlace. Me presenté voluntario para asumir aquel trabajo : un correo tiene que estar siempre dispuesto con la finalidad de salvaguardar una vida que no le pertenece enteramente. El correo de servicio dejaba sistemáticamente de ser un combatiente vulgar. No tenía derecho a dejarse matar, puesto que del pliego que era portador, de la orden transmitida por su intermedio, dependían muchas vidas y algunas veces el destino de un combate. Tres divisiones de Napoleón tuvieron que sufrir la vergüenza de Bailén porque el pliego enviado al general Dupont por Savary se encontró en poder de un cierto M. de Fénelon, que hubiera hecho bien en destruirlo.

Fui herido dos veces, la primera el 7 de octubre de 1916, en el Somme. Nombrado cabo y condecorado por la Cruz de Hierro de segunda clase, fui gaseado durante la noche del 13 de octu

(1) Se casó, efectivamente, sin saber que Hitler la amaba «con locura»

bre de 1918, en el mismo lugar donde había comenzado para mí la guerra cuatro años antes. Había recibido ya en aquella época la Cruz de Hierro de primera clase, única condecoración — con la insignia de mi partido — que no dejé de llevar jamás.

En el transcurso de aquella guerra, no se concedió prácticamente la Cruz de Hierro de primera clase a los suboficiales, cabos y soldados. Estaba reservada a los oficiales. Me sentí orgulloso de haber sido condecorado, sobre todo a raíz de un éxito afortunado que voy a permitirme recordar. Uno de los peligros del puesto de enlace es el de tropezar con una patrulla enemiga, que fue justamente lo que me ocurrió en marzo de 1918, en una trinchera delante Montdidier. La conformación del lugar me favoreció. Encontré ante mí una quincena de territoriales franceses que deambulaban con el arma al hombro. Los podía ver a todos, pero ellos no podían ver lo que ocurría detrás de mí, pues la trinchera daba una vuelta. Hice acopio de todas las palabras en francés que conocía y vociferé :

—¡ Levanten los brazos ! ¡ Ríndanse ! Tengo una compañía tras de mí...

Al coronel, barón Von Tuboeuf — de ascendencia francesa —, que me cumplimentó por aquella hazaña y me preguntó cómo había podido hacerlo;le respondí que había dicho simplemente a los prisioneros :

—Soy Adolfo Hitler.

Aquello le hizo reír hasta que se le saltaron las lágrimas. Era evidente que no pudo comprenderlo.

El sargento mayor de la compañía era Max Amann, con quien volvería a encontrarme más tarde en Munich. Fue él quien me entregó el mensaje que tenía que llevar bajo la metralla. Los otros dos enlaces, Bachmann y Schmidt, dormían con frecuencia o quizá aparentaban hacerlo. Los dos eran unos tipos magníficos y sin duda necesitaban descanso. Yo dormía poco. Entre dos misiones leía a Schopenhauer y Nietzsche. Había entrado en campaña con Schopenhauer en mi mochila, cosa que intrigaba bastante a los oficiales, muchos de los cuales no habían leído ni *Die Welt als Wille und Vortellung* ni *Zarathoustra*.

Por eso ordené en 1939, que oficiales y soldados llevaran idéntica dotación. En el tiempo de que hablo, no era así. Sólo en 1918, cuando la propaganda revolucionaria penetró en nuestros ejér-

bitos, las distancias se acortaron entre los oficiales y la tropa y algunos desearon conversar con «Hitler, ese soldado modelo, siempre voluntario para las misiones más peligrosas». No tardaron en comprender que la distancia que mediaba entre ellos y yo era tan grande como la distancia que nos imponía la jerarquía. El hecho que durante cuatro años no hubiera solicitado un favor, pedido un permiso o un grado superior al de *gefreiter*, les sumía en el asombro.

No preveían en absoluto la extensión de la catástrofe que iba a ocurrir y se alegraban de la revolución bolchevique que había permitido «la victoria» en el frente del Este ; no imaginaban que el tratado de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) firmado entre el Reich y los soviéticos, al precio de una inmensa conmoción política, iba a tener su repercusión en el interior de Alemania y sobre las tropas en campaña, al sur y al oeste de Europa. Uno de los oficiales del batallón, el barón Von Godin, estúpido y pretencioso, sentía un particular rencor hacia mí. Tendré ocasión de volver a hablar de ello.

Refiriéndome a nuestra primera guerra del Este escribí en el *Mein Kampf*, algunas líneas que debía de haber releído en 1941 :

«A partir de septiembre de 1914, cuando por primera vez las interminables tropas de prisioneros rusos, procedentes de la batalla de Tannenberg, aparecieron, una riada ininterrumpida invadió las carreteras alemanas ; por cada ejército derrotado y aniquilado, otro ocupaba su puesto. Incansablemente, el colosal imperio de los zares libraba a la guerra sus nuevas víctimas. ¿Hasta cuándo Alemania podría sostener aquella carrera? Llegaría un día en que, después de una última victoria alemana, los ejércitos rusos, que no serían jamás los últimos, tomarían parte en la última de todas las batallas? ¿Cuándo ocurriría aquello?»

Ocurrió en abril de 1945. Pero creo que voy demasiado de prisa...

Linz, Viena, Munich, las trincheras. Y nada más. Yo no conocía Europa, ni tan siquiera Alemania. Vi el Rin por primera vez a la edad de veinticinco años y desde el vagón para ganado, donde viajaba mi sección del 16.º R.I. bávaro a Lille. No aprendí ningún idioma extranjero. Estas lagunas en mi cultura se deja

ron sentir luego y falsearon la idea que pude hacerme de Europa y el mundo moderno. Desconocía completamente el arte de vivir de los franceses, las costumbres y mentalidad británica o americana. Los textos extranjeros llegaban siempre a mí una vez traducidos. *Traduttore, traditore*, suele decirse. Los matices se me escapaban con frecuencia. Intencionadamente o no, los textos estaban con frecuencia mal traducidos. En las conversaciones entre estadistas, dependía de Schmidt, hombre honrado y escrupuloso ; mis interlocutores tenían por ello una doble ventaja sobre mí : primero, su propia habilidad para enmascarar la verdad ; después, el recurso de una lengua cuyos términos me resultaban desconocidos. No me fue posible nunca comprobar por mí mismo si algunos momentos en los discursos importantes hechos por algunos hombres políticos habían sido traducidos con la máxima fidelidad. He sabido sobradamente en mi vida lo que podía la palabra, para arrepentirme de haber descuidado el estudio de las lenguas extranjeras. Fue mi caso como si un campesino del alto Danubio hubiese deseado rehacer Europa.

Por contra, en Viena y Munich y las trincheras aprendí muchas cosas que tiempo después resultaron beneficiosas para facilitar mi carrera. Principalmente por decirlo así, la falta de necesidades materiales. Agua y jabón para el aseo, un poco de pan y de leche, algunas prendas de vestir y un par de zapatos, son suficiente para que un hombre pueda vivir digna y sanamente. Aprendí de esta manera a liberarme de servilismos que a la larga hubiera arrastrado conmigo y me hubieran perjudicado. Aprendí sobre todo a aislarme, incluso entre una masa ruidosa o entre el peligro y concentrar mi pensamiento. Aprendí, sobre todo, a leer. Es todo un arte. En un libro hay que saber captar lo esencial, grabarlo, seleccionarlo de acuerdo con los anteriores conocimientos adquiridos y escamotear el resto. De esta manera, la historia adopta un sentido y podemos seguidamente descubrir las causas de los acontecimientos históricos. He observado que casi todas las personas, incluso aquellas que gozan de una reputación de inteligencia y que están sobrecargadas de diplomas, que leen bastante mal y que son incapaces de resumir correctamente un texto, y más todavía, de sacar algunas conclusiones del mismo, han leído millares de libros, con un propósito preciso, o para distraerse, pero no les queda nada de ellos. O bien

han asimilado mal sus lecturas y sus cerebros quedan llenos de nociones desordenadas y confusas. Quedarán así incapacitados, en un momento decisivo, para extraer del caos de sus conocimientos alguna cosa útil. Ignacio de Loyola era partidario de «rezar con medida». La lectura es también una oración, en el sentido que puede elevarnos hasta Dios, si sabemos leer con «medida».

¡ Saber leer ! Yo no leía más que alemán. Mi espíritu era alemán. Al hablar de Goethe, Nietzsche, decía que su ejemplo «de mostraba que un alemán debía de ser más que un simple alemán para poder ser útil, o por lo menos soportable para las demás naciones». Quienes defienden hoy en secreto mi entera acción, no han comprendido a Nietzsche, no han comprendido a Goethe, que señala «en qué dirección tiene el alemán que aspirar a sobre pasarse y salir de sí mismo».

¿Cómo podía salir yo de mí mismo? Estaba preso de la Alemania misteriosa, formidable, que elaboraba mi imaginación. Conociendo una parte de mis debilidades, quise remediarlas con la vista de millares de imágenes. Traté de conocer Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Rusia a través de documentales y filmes de actualidades : el cine se convirtió así en mi pasión.

Sin embargo, hay que saber interpretar un filme como si se tratara de una placa de rayos X. Aquella acumulación de imágenes no podía en ningún caso remplazar la cultura que yo no había podido adquirir. Tampoco era posible que me diera la justa visión de las realidades extranjeras. La pantalla era un espejo deformante en el que observaba a los otros pueblos, más para adivinar si se manifestarían contra mí que con la idea de aliarme sinceramente contra ellos.

Podía en rigor adivinar lo que separaba las grandes culturas del Oeste, pero no ver lo que las unía, lo que constituía su verdadera fuerza, lo que iba mucho más allá de los nacionalismos estrechos y mezquinos que yo deseaba neutralizar o combatir. Más tarde, al ignorar el principio sagrado de la solidaridad occidental quise reducir aquellas culturas a un denominador común germánico sin sospechar que la civilización occidental está constituida por un mosaico de culturas diferentes y que no se le po-

dían imponer objetivos limitados y limitativos. Esta actitud me hizo finalmente perder muchos partidarios en la lucha contra el bolchevismo. No comprendí que la comunidad occidental no podía estar dominada y verse aplastada por el espíritu germánico. Ciertamente que estábamos situados entre los primeros gracias a Bruckner, a Richard Strauss, a Wilhelm Kempff, a Gerard Hauptmann, a nuestros arquitectos, a nuestros médicos, a nuestros físicos, Otto Hahn y Strassmann, a nuestros químicos y también al escultor Arno Breker que me hizo visitar París. Pero no se gana una guerra moderna gracias a Bach, Mozart, Beethoven o Richard Wagner.

Hablaba hace poco de un gran santo : Ignacio de Loyola. Se ha dicho que yo era un personaje diabólico o incluso el mismo diablo encarnado. No es nuevo : algunos españoles llamaban a Napoleón, *Papoldiablo*. Para Metternich — que negoció el matrimonio de María Luisa —, el Emperador no era otro que Belcebú. Quiero poner fin a un equívoco. Durante mi vida, creí siempre muy firmemente en Dios ; no renegué nunca, que yo sepa, de la religión católica. Pensé siempre, y así lo dije, que la Iglesia católica y el Imperio británico eran las dos columnas fundamentales de Occidente. Lo que no toleré fue que protestantes y católicos pretendieran inmiscuirse en los asuntos de Estado y amenazaran una política favorable a sus propios intereses. Hay que dar a César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Por otra parte, los cuatrocientos cuarenta y cinco millones de musulmanes, los cuatrocientos millones de hinduistas, los trescientos cincuenta millones de confucionistas, los ciento sesenta millones de budistas y los ciento treinta millones de sintoístas y taoístas no me parecen menos sinceros que los quinientos millones de católicos o los doscientos treinta millones de protestantes diversos. Si su manera de rezar es diferente, todos creen en Dios y adoran a ese Dios a su manera. Incluso los paganos y los animistas de África, Asia y América tienen una religión : creen en los dioses y son más de setecientos millones.

Declararé siempre que el Estado nacionalsocialista no debía ser ateo. Sin embargo, ¿no se ha hecho todo para que los cristianos, por ejemplo, pierdan su fe entre confusiones y disputas? Hay

un ateísmo agazapado en todos dos corazones. No necesito hablar aquí de las faltas de la Iglesia, de sus políticos vacilantes y ambiguos que le han hecho perder una élite irremplazable. Sí deseo hablar de mis propias faltas. Mi error fue ser demasiado abiertamente anticlerical, sobre todo al final. He explicado ya que me vi obligado a ello, que tenía que dar satisfacción a mis tropas. Pero éstas son razones demagógicas dignas de políticos de poca altura. La política a seguir era un entendimiento con la Iglesia, tanto a elevado nivel como en la base.

En su *Discurso sobre las Décadas de Tito Livio*, Maquiavelo se esfuerza en precisar que «los príncipes y las repúblicas que quieran impedir al Estado corromperse, deben sobre todo man tener sin alteraciones las ceremonias de la religión y el respeto que éstas inspiran». Ciertamente que los fieles del Tercer Reich podían acudir libremente a la iglesia, el templo, que los sacerdotes podían pronunciar sermones — no discursos políticos — desde sus púlpitos, pero no por ello dejaba de tener Maquiavelo menos razón. Hubiera debido meditar con mayor atención las lecciones del astuto Lueger, que no abordaba nunca de frente este problema. Al no haber querido nunca que me deificaran, ni siquiera que elevaran estatuas mías, hubiera tenido que comprender que también el movimiento nacionalsocialista necesitaba el elemento clásico sobrenatural. Todo resultaba más sencillo, más claro y más fácil en la URSS, donde Stalin era oficialmente «el genial Padre de los Pueblos» y donde bajo las imágenes de Cristo existentes en las iglesias que todavía permanecían en pie, podía leerse la siguiente inscripción : «Individuo legendario que no existió nunca». Stalin — Dios Padre — se ocupaba de todo. La gente quedaba así tranquilizada. En la actualidad, el partido en la URSS y Mao en China ocupan el papel de Stalin.

Cuando tomé el Poder en 1933, la Iglesia reformada me otorgó su entera adhesión. De pleno acuerdo con Roma, los obispos alemanes se reunieron en Fulda y decidieron :

«No consideramos ya necesarias las advertencias y reservas generales promulgadas por Nosotros en su momento respecto al movimiento nacionalsocialista».

El arzobispo de Colonia acogió con satisfacción la entrada de nuestros estandartes en su catedral. El órgano del «Zentrum» católico, *Germania* escribió:

«Aprobamos la total responsabilidad del Jefe, que implica el derecho a una *obediencia sin reservas*».

Sin embargo, mi programa era conocido por todos y todos, con excepción de algunos millares de fanáticos irreductibles, lo encontraron entonces magnífico. Los oficiales y tropa de nuestras formaciones recibían los sacramentos de uniforme. Si luego algunos dignatarios o religiosos quisieron mezclarse en política o incluso conspirar contra el Estado, la reacción de los nacionalsocialistas, fue completamente natural y no habría tenido que sorprenderles. En múltiples ocasiones declaré que todas las creencias religiosas se respetarían en el Reich con la condición de que no atentaran jamás al poder del Estado. No me ocuparía de lo que ocurría en los obispados a condición de que los obispos no se ocuparan de lo que yo hacía en la Cancillería. A petición mía, Goering precisó en su discurso del 26 de marzo de 1938 :

«Queremos proceder a una separación bien clara. La Iglesia tiene tareas precisas, importantes y en extremo útiles ; el Estado y el Movimiento tienen otras, igual de importantes y decisivas para la nación».

El 20 de julio de 1933, se firmó un Concordato entre mi gobierno y el Vaticano. Los firmantes fueron Franz von Papen y el cardenal Pacelli, futuro Pío XII, a la sazón secretario de Estado de Pío XI. Por primera vez desde la Reforma se daba en Alemania un Estatuto oficial a la Iglesia católica. El Estado nacionalsocialista la sostenía económicamente y decretaba que :

«La enseñanza de la religión católica en las escuelas elementales profesionales, medias y superiores, queda oficialmente reconocida y se dará conforme a los principios de la Iglesia católica.»

Me pregunto que hubiera podido decirse si como el Emperador Napoleón, yo hubiera declarado que el Papa era un «loco furioso» y si en 1943 hubiera ordenado detenerle como Pío VII fue apresado por el general Radet, jefe de la gendarmería del Emperador.

Había precisado ya en el *Mein Kampf* : «El protestante más convencido puede formar en nuestras filas conjuntamente con el católico más ferviente sin que sus convicciones religiosas se vean mínimamente contrariadas». De hecho, católicos y protestantes permanecieron unidos en la base del partido hasta que nuestras catedrales y nuestros templos fueron destruidos por los bombarderos del Oeste o arrasados y cerrados por los bolcheviques. Nadie puede decir que el Estado nacionalsocialista fuera ateo. En su inmensa mayoría, el pueblo alemán creyó en la patria sobre esta tierra y en Dios.

«Las ideas y las instituciones religiosas deben ser inviolables siempre para el jefe político», había dicho en el *Mein Kampf* : Pero personalmente no seguí siempre tal precepto : me dejé dominar por los acontecimientos y caí en las trampas que me tendieron.

Los hombres necesitan siempre a Dios. Es fácil destruir un sistema religioso : se ha conseguido en la URSS, en China y en la mayor parte de los países comunistas. Pero precisa también remplazarlo. Por mi parte traté contrariamente, de seguir siendo siempre un hombre a ojos de mis compatriotas, rehusando la deificación que Stalin aceptó. En cuanto al contenido espiritual del nacionalsocialismo, no bastaba para llenar las aspiraciones de la mayor parte de los alemanes.

No tuve nunca en cuenta estas evidencias. Traté de ignorar que todo movimiento anti-bolchevique tenía que ser necesariamente solidario de la Iglesia, mortalmente amenazada también por los soviéticos y todas sus organizaciones de sin Dios. Me dejé influenciar por los mitos y las elucubraciones de los espíritus confusos que había conocido en los tiempos de la miseria vienesa. Es evidente que los problemas étnicos existen. A mi entender, son de primordial importancia puesto que contrariamente a lo que creen los tecnócratas, marxistas o no, es el hombre quien determina el acontecimiento en política o en economía. Y nadie debería poner en duda que hay que preservar las «élites» étnicas de un país, de

Occidente, mediante el eugenismo voluntario, como lo propone en *El hombre, este desconocido* el doctor Alexis Carrel ; que es necesario seleccionar las «élites» nacionales según las leyes de Lapouge y que se hace urgente poner final a la degeneración de los pueblos blancos. Pero la visión que yo tenía de un pueblo «nórdico» bajo dirección germánica era utópica. Los holandeses, los daneses, los suecos los noruegos y los finlandeses no estuvieron de acuerdo. La fuerza de un pueblo occidental no depende de la cantidad de sangre germánica que circula por sus venas sino de una vieja y armoniosa mezcla entre celtas, germanos, alpinos, dináricos, etc... que amplía y preserva sus facultades creadoras. En resumen : hay que librarse de confundirlo todo y hablar de religión cuando se trata de problemas que interesan a la conservación física del hombre y también, lo concedo, la conservación de lenguas y culturas ; cuando se trata de rechazar todo elemento susceptible de corromper a los pueblos que han dado a la humanidad a Rebrandt, Mozart, Camoens, Dante, Goethe, Pasteur, Watteau o Velázquez. Es una política. Como escribía un ministro de Daladier a quien yo no le resultaba muy simpático, Jean Giraudoux, no era otra «la de Colbert y Richelieu» (1). Puede ponerse en tela de juicio que sea buena o mala. Pero en definitiva, es una política. Si se hace de ella una religión, nadie comprende absolutamente nada.

Sin embargo, emprendí una tarea enloquecida: resucitar el viejo paganismo germánico bajo el signo de la esvástica. Que diera vueltas a derecha o izquierda tal signo solar, daba igual. La cruz gamada no podía ser un emblema religioso. Fue el baron Lanz von Liedenfels quien desde su feudo de Werfenstein, lanzó la esvástica que era, «símbolo, según me decía en Viena, de la apertura del corazón de la humanidad». Publicaba una revista extraña titulada *Ostara*, donde se decía que el general de los jesuitas

(1) Véase Jean Giraudoux: *Pleins pouvoirs*, 1939. Escribe (págs. 75-76): «Las fronteras armadas solamente salvarán provisionalmente al país; no podrá serlo de una manera definitiva más que por la raza francesa y estamos plenamente de acuerdo con Hitler en proclamar que una política no alcanza su forma superior más que cuando es racial, pues tal era también el pensamiento de Colbert o de Richelieu». Jean Giraudoux fue, durante la guerra de 1939-40, ministro de Información y Propaganda del Gobierno Daladier.

era judío. En realidad, siempre me sentí impresionado por *Os tara*. Una extraña contradicción de mi carácter, algo, según creo típicamente *alemán* es que habiendo comprendido y subrayado la importancia de la Iglesia para Occidente, trabajara en la resurrección del paganismo germano. Tentativa romántica, de un anacronismo ridículo y peligroso. Si los sacerdotes no deben tomar partido en el orden temporal, los dirigentes políticos no tienen que erigirse en jefes o profetas religiosos.

Cierto que algunas decenas de millares de fanáticos — en primer lugar Ludendorff — me seguían. Pero con el Walhalla, Wotan, Thor, todos los héroes cornudos y las Walkirias, recaíamos en Richard Wagner y las brumas de los Nibelungos. No podía hacerse con ello, evidentemente, más que una caricatura de religión.

Con frecuencia contemplaba las palabras grabadas en mi Cruz de Hierro, bajo la «W» y la corona Imperial : *Gott mit uns*. ¡ Ay ! Dios no estuvo con Alemania en el transcurso de la primera, ni durante la II Guerra Mundial. Distraído, «el buen Dios alemán» pensaba, sin duda, en otra cosa. ¿Acaso quise remplazarle por Wotan, tan sólo por despecho tras la primera derrota y la espantosa miseria que se abatió seguidamente sobre el pueblo alemán, considerado ya como el pecado del mundo?

Decía hace poc^r, que con anterioridad y durante la I Guerra Mundial aprendí a aislarme, incluso entre una multitud. Un hombre de acción tiene que saber encontrar en sí mismo la fuerza y la convicción necesarias para dicha acción. Para convencer a los otros hay que estar íntimamente convencido. Estuve solo en mi mísera habitación, en los albergues nocturnos, en una trinchera bombardeada. Instintivamente, busqué un refugio contra la fealdad del mundo que me rodeaba. Rainer Maria Rilke dijo en una carta : «una sola cosa es necesaria : la soledad. La gran soledad interior. Encerrarse en sí mismo y no tropezar durante horas con alma viviente, es lo que hay que conseguir». ¡ Yo lo logré ! ¿Pero a qué precio? Un gran conocedor del alma humana, el marqués de Vauvenargues observaba : «la soledad es al espíritu lo que la dieta al cuerpo : mortal cuando es demasiado larga, aunque es necesaria». Es imprescindible, efectivamente, profundizar en sí mismo, pero hay que saber también salir y abrir los

ojos a las realidades que nos rodean. El mundo exterior no se parece al que cada hombre lleva en sí mismo. Hoy me doy cuenta de que estuve solo entre millones de personas. Siempre tomé las decisiones por mí mismo, frecuentemente en contra de la opinión de mis consejeros.

Durante la guerra, solamente un amigo me fue fiel hasta la muerte ; uno sólo. Fue mi perro *Foxl*.

CAPITULO II

Nacimiento del Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista

En cuanto a la situación señalada por Erzberger en las tropas alemanas y por lo que atañe al peligro del bolchevismo en Alemania, era la enfermedad de los ejércitos vencidos al igual que de las naciones fatigadas y agotadas por la guerra. La Europa occidental sabría tomar sus precauciones para defenderse.

MARISCAL FOCH
(Memorias)

Que no se diga que los acontecimientos de Italia carecieron de influencia en nosotros. La camisa parda no habría existido probablemente sin la camisa negra. La marcha sobre Roma, en 1922, fue un momento decisivo de la Historia.

ADOLFO HITLER
(Conversaciones, 21-7-41)

Resulta cómodo decir cuando una nación pierde una guerra que se ha traicionado a su ejército. En realidad, Alemania perdió la I Guerra Mundial en 1914. En 1918, Rusia dejó de atacar con las armas para emplear las ideas revolucionarias, mucho más eficaces, que aceleraron el derrumbamiento del frente del Oeste y de los Balcanes. Yo había caído de rodillas en 1914, para agradecer a Dios que me dejara participar en una guerra que consideraba gloriosa : *fue en realidad una matanza abominable*. Alemania tuvo más de 1.774.000 muertos ; Austria y Hungría, 1.200.000 ; Francia, 1.396.000 y 3.600.000 heridos ; Gran Bretaña y la Commonwealth, 900.000 muertos e Italia, 650.000. El número de heridos alemanes y austrohúngaros sobrepasó los 8.000.000. Muchos mutilados murieron poco después de cesar las hostilidades, de manera que puede calcularse el número de muertos europeos en más de 8.000.000. Añadiré que la epidemia de gripe llamada española (en realidad una especie de peste) mató de abril a diciembre de 1918 a 21.640.000 europeos. Las pérdidas de Estados Unidos, en muertos, fueron de 117.000 hombres.

Esta inmensa hecatombe marcó un retroceso decisivo de Occidente, de Europa : pero yo no lo comprendí así.

Escribí en *Mein Kampf* cómo terminé la guerra. «En la noche del 13 al 14 de octubre, se desencadenaron los disparos de los obuses de gas de los ingleses en el frente meridional de Ypres ; emplearon el gas de cruz amarilla (hiperita) cuyos efectos no conocíamos hasta que se manifestaban en nuestro propio cuerpo. Aquella noche me tocaría conocerlos. Nos encontramos bajo el fuego de los obuses, en una colina situada al Sur de Wervick ; fuego que continuó durante toda la noche con mayor o menor intensidad. Hacia la medianoche, una parte de nuestros efectivos fue evacuado ; entre aquellos hombres algunos desaparecieron

para siempre. Por la mañana, experimenté un dolor intenso que aumentó constantemente y a las siete, regresé tambaleándome y temblando hacia la retaguardia, con los ojos inflamados. Algunas horas más tarde, mis ojos se habían transformado en carbones ardientes y las tinieblas me rodearon. De esta manera llegué al hospital de Paesewalk y allí asistí a la revolución.»

Marinos de la flota amotinada en Kiel llegaron a Paesewalk en camiones adornados con banderas rojas. Por desgracia, eran todavía algunos judíos emboscados quienes les mandaban. Creí al principio, al igual que muchos de mis camaradas heridos, que se trataba de un «putsch» fomentado por la hez de la marinería y que pronto resultaría aplastado. Pero no tardé en comprender que era la revolución.

El 11 de noviembre de 1918, Alemania tuvo que aceptar las condiciones de armisticio leídas por el mariscal Foch. Eran tan duras que Foch — según dijo el general francés Mordacq — creía que iban a rechazarse. Por mi parte, critiqué también a los plenipotenciarios alemanes y en particular al doctor Erzberger, que firmó el documento de Rethondes, en el bosque de Compiègne. ¿Pero qué otra cosa podían hacer? El emperador Guillermo de Hohenzollern había abdicado y dispensado a todos los combatientes de su juramento de fidelidad. El mariscal Hindenburg era partidario de obtener una suavización de las condiciones de armisticio, pero Berlín envió a Rethondes un telegrama aceptándolo todo. Iba firmado : *Reichskanzler Schluss*.

Ignorando que *Schluss* significa *terminado*, intérpretes y plenipotenciarios franco-ingleses creyeron que un cierto Schluss había sido nombrado canciller del Reich. ¿Quién era aquel hombre? En realidad, no había canciller en Alemania. Max de Baden y luego Ebert, habían dimitido. Se proclamaban por doquier, en Hamburgo, Franckfurt, Bonn, Colonia, Stuttgart, Magdeburgo, Leipzig y Berlín, consejos de obreros, marinos y soldados. Muy pronto, el movimiento espartaquista se extendió por toda Alemania y derribó en Baviera la noble y fatal dinastía de los Wittelsbach. Los jefes de aquel movimiento eran seres sin noción alguna de las realidades, idealistas judíos y políticos cosmopolitas : Liebknecht, que acababa de salir de la cárcel ; Rosa Luxemburgo y Kurt Eisner, que llegaba de Galizia. En pocos meses, con sus discursos y su acción, sumieron Alemania en un caos sangriento.

Era fatal que tan gran derrota hubiera provocado el hundimiento del régimen. Pero el Gran Estado Mayor alemán supo sacar su ventaja del juego, proclamando : «No nos han derrotado ; hemos sido traicionados». Siempre se cree en aquello que se espera. Yo creí que Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón e Italia no habían podido vencer a Alemania. Lo creí con la ceguera del ciego que acababa de recobrar milagrosamente la vista. Sin embargo, el 11 de noviembre de 1918 no teníamos más que diecisiete divisiones de reserva, de las que sólo dos eran frescas, para oponerse a las cien divisiones aliadas de reserva, mucho mejor armadas y dotadas que los restos del ejército imperial.

Pero la horrible revolución espartaquista era una realidad patente. Había triunfado en Berlín, en noviembre y diciembre de 1918. Bajo el fuego de las ametralladoras y la artillería de campaña de los rojos, la capital asistió primeramente a la derrota de los oficiales y soldados fieles a la patria, aplastados ante el palacio imperial. Dos rojos, asesinados más tarde, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, organizaron la dictadura en Prusia. Se combatía en Westfalia, Bremen, Hamburgo y Halle. El ejército cumplió valerosamente con su deber y aparecieron los cuerpos francos del general Maercker, del coronel Reinhard, de Von Roeder, de Held, y la Brigada de Hierro de Von Kohlen.

Durante cuatro años, la revolución devastó Alemania. En Múnich restablecieron provisionalmente el orden, en los meses de abril y mayo de 1919, las tropas prusianas con los tiradores bávaros del coronel Von Epp y los cuerpos francos campesinos Overland, Denk y otros. A partir de aquel momento dejó de existir el ejército bavaro : fue absorbido por la Reichswehr y dependió del Gruppenkommando II de Cassel.

Se combatía contra los rojos en el Báltico, en la alta Silesia y después del «putsch» Kapp-Lüttwitz, en Berlín y en marzo de 1920, en el Ruhr. Los combates de Mülheim, de Dortmund y de Essen son los más famosos. En Essen, veinte soldados fieles a Alemania fueron asaltados por la multitud, asesinados y luego despedazados con hacha en el matadero por el populacho. Para proteger a los rojos, el presidente francés Millerand había ordenado la ocupación de Fráncfort y Darmstadt por tropas norteafricanas. La Brigada Von Hepp actuó como si aquellas tropas no estuvieran presentes.

Cuando el siete de diciembre de 1918, Kurt Eisner proclamó la República Socialista Bavara, el Rey Luis III de Baviera se apresuró a huir en automóvil hacia el Tirol austriaco. Al «Shylock de levita brillante», como lo llamaban a Eisner, le faltó tiempo para reconocer que «solamente Alemania era responsable de la declaración de guerra y de los crímenes de que se le acusaba». Todo historiador honrado tiene que reconocer hoy que la Gran Guerra la desencadenó la Rusia Imperial, incapaz de decepcionar a un hombrecito con perilla que murió en su cama : Poincaré.

Derrotado en las elecciones del 15 de enero de 1920, Eisner solicitó de Auer, su sucesor, que le incluyera en su gobierno. Auer se negó. El 21 de febrero, cuando Eisner salía dimisionario de Palacio fue muerto por un teniente, el conde Von Arco-Valley. Los espartaquistas reaccionaron invadiendo el Parlamento y mientras Auer pronunciaba el elogio de Eisner, se vio entrar en la sala del Landtag a un espartaquista, el carnicero Alois Lindner, que lo mató fríamente con unos disparos de revólver, asesinó luego al diputado Oesel e hirió al consejero ministerial Gareis. Sonaron disparos en la tribuna. No reaccionó un solo policía, ni un soldado se movió. Y el asesino pudo marcharse tranquilamente. Algunas días más tarde, la prensa comparó a Eisner con Robespierre y con Napoleón. Los espartaquistas que mantenían a Baviera bajo el terror hicieron al galiziano un grandioso funeral.

A todo lo largo del Danubio se multiplicaban las *Rdtrepublik*, o Repúblicas Soviéticas. Bela Kun reinaba en Hungría. También era judío : cráneo rapado, inmensas orejas despegadas y puntia-gudas, nariz aplastada, labios enormes y grandes ojos globulosos. Era el hombre enlace del judío ruso Zobelsohn, llamado Radek, que le pagaba. Sus acólitos, Klein, Rabinovitz, Szamuely, Boris Gründlatt, Azeriovitch — este último ladrón profesional — eran también israelitas. Semejante banda torturó, mató y robó con tal intensidad que pudo escribirse que la dictadura de Bela Kun, en 1919, había costado «más cara a Hungría que los cuatro años de la I Guerra Mundial». Finalmente, Kun huyó a la URSS, donde continuó sus hazañas.

Tal fue el mundo que los antiguos combatientes vueltos del frente tuvieron que afrontar. Los soldados, incluso mutilados, que se atrevían a llevar sus condecoraciones por la calle, eran objeto de insultos y malos tratos. Hay quien se sorprende y se

indigna de nuestro antisemitismo. Más adelante examinaré de una manera consciente el proceso de esta ideología, su culminación y sus resultados. Lo que se olvida decir es porqué y cómo éramos y nos convertimos en antijudíos. Sigue siendo inexplicable si no se dice lo que pasó en Alemania, en Hungría, en Rumania y Polonia.

Cuando regresé desmovilizado a Munich y fui destinado en 1919 al Segundo Regimiento de Infantería y luego como *Bildungssoffizier* (oficial instructor) al Primer Regimiento de Cazadores bavaros, no reconocí a los judíos que había dejado antes de la guerra. Habían abandonado la hopalanda y el caftan grasiento, así como su casquete redondo y al amparo de la bandera roja, se mezclaban en los asuntos públicos. Aquello resumía todo el drama. En aquella época y para millones de europeos, el judaísmo se identificó con la revolución bolchevique. Una revolución dirigida por Lenin, cuya madre, Ilitch, era judía ; sus lugartenientes, Bronstein, llamado Trotsky ; Zinoviev ; Kamenev ; Radeck, y tantos otros eran judíos. Millones de alemanes creyeron que Israel había encontrado en Carlos Marx a su Mesías y que la revolución iba a transformar a Alemania según la imagen del moderno rector de Israel.

Aquellos judíos se convertirían bien pronto de perseguidores en perseguidos. Pero no comprendí entonces que las persecuciones iban a conseguir justamente lo contrario del objetivo perseguido, pues el pueblo judío no tiene solidaridad y poder mientras no es objeto de persecución. Olvidé que el genio judío — como el de todas las naciones — se forjó en la cautividad. De la infernal Babilonia salió el Talmud.

Naciones europeas como Francia y Bélgica en particular, sufrieron considerablemente con la Gran Guerra. Pero nosotros, los alemanes no sólo hicimos cuatro años de guerra, sino cerca de veinte : de 1914 a 1933. Me habían nombrado oficial instructor por iniciativa del capitán Ernst Roehm, especie de reitre con el rostro marcado por una cicatriz, que se había distinguido en Verdun escalando el fuerte de Vaux. Entre nosotros estaba considerado como un héroe. Tardé en conocerlo a fondo y cuando se me reveló su verdadera naturaleza, era demasiado tarde. Roehm era

un amigo del coronel Von Epp — que entretanto había llegado a ser gobernador militar de Baviera — y su adjunto político. Tan pronto Roehm me enviaba a arengar un batallón de moral dudosa, como a los hombres de los cuerpos francos bávaros. Aprendí así no sólo a hablar en público, sino a convencer, y convencer a combatientes. Para mí, aquello era una labor de poca envergadura. Lo que necesitaba era un verdadero partido político.

¡ Los partidos ! No faltaban en Baviera, como en todas partes. Todas las revoluciones las ha desencadenado un partido de efectivos pequeños. La Reichswehr vigilaba por tanto muy de cerca todos aquellos pequeños grupos bávaros. ¿Cuál era su programa? ¿Qué hombres les animaban? Una noche me encargaron que fuera a escuchar a los oradores del Deutsche Arbeiter Partei, fundado por un metalúrgico que trabajaba en los talleres de reparación de los ferrocarriles bávaros, llamado Anton Drexler. El cerebro del grupo era un ingeniero : Gottfried Feder. Yo lo conocía ya.

Estábamos en septiembre de 1919. La reunión de aquel partido obrero alemán se celebraba en la sala de una modesta cervecería, la «Sternecker Braü», en el fondo de una calleja llamada 1m Tal. Había una veintena de auditores. Me senté, pedí una cerveza y abrí mi libreta. Drexler, que era ajustador, pronunció un buen discurso, explicando que el obrero alemán no era ni podía ser comunista. Feder resultó más bien aburrido.

De pronto agucé el oído : acababa de tomar la palabra un profesor, que se lanzó a una exposición autonomista : Baviera, sólo importaba Baviera. Me levanté, pedí la palabra y en diez minutos aplasté al desgraciado pedagogo. Drexler levantó la sesión, me felicitó calurosamente y me entregó un folleto que deslicé en mi bolsillo. Luego fui a acostarme.

Al día siguiente, antes de escribir mi informe, encontré el folleto en mi bolsillo y lo leí. Era un texto de Drexler que conjuraba a los trabajadores para unirse contra la impostura marxista... En el *Mein Kampf* expuse ampliamente las razones que me llevaron a adherirme a un partido que contaba seis miembros y cuya caja contenía exactamente siete marcos y cincuenta peniques. Aquella caja iba a llenarse bien pronto gracias a la generosidad de Dietrich Eckart, dramaturgo, crítico musical y hombre de mundo. Eckart, que había traducido al alemán *Peer Gynt*, era un bávaro bastante perdido entre las brumas nórdicas. Nos aportó

hombres como Rudolf Hess y Alfred Rosenberg, este último miembro de la extraña y aristocrática «Sociedad de Thule».

Familias ilustres estaban vinculadas a este círculo : los Seydlitz, los Tour und Taxis. Algún tiempo después estuve en Bayreuth, en casa de los Wagner. Allá conocí a Winnifred Wagner y Houston Stewart Chamberlain, autor de una obra racista, *Los orígenes del siglo XIX*, que yo había leído y meditado. Se había casado con una de las hijas de mi ídolo. El viejo filósofo me felicitó y animó. Conservé siempre para la encantadora Winnifred Wagner la más fiel y respetuosa de las amistades.

En 1921 y 1922, todas las clases sociales alemanas parecían atacadas de locura. Los atentados de la contrarrevolución eran las respuestas a los crímenes innumerables perpetrados por la extrema izquierda. Las tropas valerosas y fanáticas del «Selbstschutz», que no aceptaban órdenes de nadie, comenzaron a desbandarse. Los oficiales de marina de la brigada Ehrhardt, así como los cadetes y estudiantes de extrema derecha fundaron entonces tribunales secretos. Fue como un renacimiento de la Santa Vema, que había tenido su sede en Dortmund en el siglo xii. Sus miembros o jueces francos pretendían entonces mantener la paz pública y la religión católica. En los años de 1920 a 1922 trataron de algo muy diferente : Ernst von Salomon nos dejó con sus *Proscritos* un testimonio inmortal sobre los nuevos jueces francos. El libro tuvo una influencia profunda en el Oeste de Europa entre los jóvenes revolucionarios nacionales. Sigue teniéndola todavía. Fue y será causa de graves errores políticos.

Los jueces francos que mataron el 24 de junio de 1922 a Walter Rathenau, condenado por un tribunal bélico como «judío partidario del bolchevismo secreto», no eran unos seres dotados de instinto político. Carecían de otro programa que «llevar a su extremo la psicosis de la conspiración». Sus movimientos de superactivistas eran sofocados con frecuencia con confidentes y provocadores. Desembocaban así en la nada. No cambio al respecto una sola línea de cuanto dije en *Mi lucha*: «El objetivo de las organizaciones secretas, no puede ser otro que el ilegal», escribí. «Esto limita de por sí el cuadro de semejantes organizaciones. No es posible, sobre todo cuando se conoce la tendencia a la char-

latanería del pueblo alemán, crear una organización por poco importante que sea y guardar el secreto o enmascarar sus objetivos... Necesitábamos más que cien o doscientos conspiradores audaces, centenares de miles de militantes fanáticos imbuidos de nuestro ideal. Es necesario trabajar, no en conciliábulos secretos, sino mediante poderosas demostraciones de masas, y el movimiento no puede vencer mediante el puñal, el veneno o el revólver, sino por la conquista de la calle... El peligro de las organizaciones secretas sigue siendo el hecho de que sus miembros pierden con frecuencia toda noción de la grandeza de su tarea y creen que la suerte de un pueblo puede decidirla un asesinato... En los años 1919 y 1920 existía el peligro de que las asociaciones secretas, impelidas por los grandes ejemplos de la historia y excitadas por las calamidades sin fin de la patria, trataran de vengarse en los autores de las desgracias de la nación, pensando con esto poner fin a la desesperación de un pueblo. Cualquier tentativa semejante hubiera carecido de sentido. El marxismo había triunfado, en efecto, no por la gracia o el genio superior de un jefe cualquiera, sino a causa de la infinita y lamentable debilidad, por razón del cobarde renunciamento del mundo burgués. Puede comprenderse acaso la capitulación ante un Robespierre, un Danton o un Marat. Pero resulta escandaloso haberse arrodillado ante un don nadie como Scheidemann, el grueso Erzberger o un Friedrich Ebert y todos los restantes e innumerables desechos de la política.»

Como hay que reconocer actualmente, el nacionalsocialismo no salió tan sólo de la habitación del cuartel muniqués donde tenía mi refugio o las cervecerías bávaras. Surgió también de los teósofos distinguidos de la sociedad de Thule, los tribunales véficos, los cuerpos francos, las luchas sangrientas, las trincheras, la miseria, la ocupación extranjera, la calle y las batallas populares que libramos en Munich con el *Nazional Sozialistische Arbeiter Partei* o *NSDAP*. En este partido cristalizaron las aspiraciones de millares y luego de millones de alemanes que pensaban como nosotros que «el interés de la comunidad era superior a los intereses particulares», que también Alemania tenía derecho a vivir.

No puede comprenderse el fenómeno nacionalsocialista si se olvida el estado de extrema miseria en que había caído nuestro

pueblo. Mujeres, niños y adolescentes morían *de* hambre por millares. Al final, un sello costaba mil millones de marcos y un kilo de patatas varios billones. Los comerciantes se veían obligados a llamar por teléfono antes de vender un artículo para conocer el curso de una moneda que carecía por completo de valor. Uno de mis camaradas tuvo que vender una casita en Baviera ; algunos meses más tarde, cuando recibió el importe de aquella venta, no le fue posible comprarse siquiera un par de zapatos. Pero al mismo tiempo y con la miseria del pueblo, otras gentes amasaban inmensas fortunas.

El nacionalsocialismo no fue impuesto a nadie en Alemania. En el momento en que nuestra patria era vendida como un saldo, supo aparecer como la única oportunidad salvadora de la nación contra los especuladores, el capitalismo opresor, la confusión de los activistas de extrema derecha y la demagogia marxista.

El programa del NSDAP, que constaba de veinticinco puntos, fue redactado por mí en colaboración con Dietrich Eckart, Drexler y Rosenberg. Nuestra bandera roja, dibujada por mí mismo, fue ornada con una cruz gamada negra sobre fondo blanco. A final del verano de 1920 nuestro estandarte apareció en público.

Se han descrito mil veces las batallas del circo Krone y del Salón de Reuniones de la Hofbraühaus. El partido progresaba. Asustaba y escandalizaba todavía más a los burgueses que a los marxistas y combatía a pecho descubierto. Llegó día en que la prensa bien pensante no pudo seguir silenciando nuestras manifestaciones. El periódico propio, el *Völkischer Beobachter*, de Rosenberg, tenía más de siete mil abonados. Llegué a verme obligado a hablar muchas veces por semana en Innsbruck, Linz, Salzburgo y Nuremberg con Streicher e incluso tomar la palabra en Viena. La primera vez que lo hice pensé en Estefanía.

Teníamos que luchar muchas veces y formé las Sturm-Abteilung — las SA o Secciones de Asalto —, destinadas a proteger nuestras reuniones. Más tarde le di su mando a Roehm. ¡ Cuánto tendría que arrepentirme ! Comenzamos por no estar de acuerdo. Su anhelo era reconstituir el ejército alemán bajo la apariencia de las SA. Esto no concordaba con mis planes.

—No quiero crear una nueva Reichswehr Negra al margen de Versalles y para combatir la ocupación extranjera — le dije —. Estamos en plena confusión. Existe una poderosa conjura contra

nosotros. Para que nos comprendan hay que ofrecer al público la posibilidad de que nos escuchen en paz. Necesitamos, por lo tanto, una tropa ciudadana capaz de mantener el orden en un salón e imponer el respeto a nuestra bandera. Deseo tener a mi disposición combatientes políticos capaces de luchar y vencer en el frente interior. El ejército es una cosa. Las SA tienen que seguir siendo otra, absolutamente distinta.

—Sin embargo, si esto continúa estaremos obligados a ocuparnos también del ejército — me dijo Roehm.

Roehm aludía al coqueteo de nuestro Estado Mayor con el Estado Mayor soviético, coqueteo que todavía no había pasado de su principio. Confié por tanto, las SA, al último comandante de la escuadrilla Richthoffen, Hermann Goering, condecorado con la Orden «Pour le Mérite».

Quiero proclamar desde aquí que si nos fue posible realizar finalmente nuestra revolución y hacer en pocos años de una nación arruinado la primera de Europa, fue en primer lugar gracias a los obreros y los campesinos alemanes. Los burgueses, pequeños y grandes, se unieron en torno a nuestra bandera cuando más de diez millones de trabajadores habían votado por nosotros. Siempre he preferido cien veces un comunista a uno de esos burgueses hipócritas, egoístas, únicamente preocupados por defender su dinero. Un comunista combate ; es posible convencerle. Un burgués es ante todo un ser firmemente convencido de la omnipotencia del dinero. No es otra su doctrina. Por ello, todo movimiento burgués o aburguesado *está llamado al fracaso* cualquiera que sea el lenguaje empleado por su jefe. Por ello, los partidos burgueses bien pensantes son en la hora actual y ante la revolución nihilista de los soviéticos, verdaderos partidos de desorden. La burguesía se ha elaborado a sí misma una moral particular, monstruosa, que lleva el mundo blanco hacia su pérdida. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos luchado en la calle y el campo de batalla contra el comunismo ; tenemos respeto hacia esta ideología y sabemos que nos respeta a nosotros. Pero no podemos por menos que despreciar la cobardía de los burgueses.

En 1932, salvamos a la burguesía alemana de caer en la nada. Si no hubiéramos luchado en el Este de 1941 a 1945, Europa en-

tera sería comunista. Aquellos de nosotros que no resultaron barridos por la tormenta fueron considerados como criminales y castigados como tales. Existen aún hoy pueblos burgueses o aburguesados que desde su rincón, que consideran al amparo de las bombas atómicas, juegan como niños con su oro y sus billetes de banco que no representan nada. Van derechos a la catástrofe. Dios quiera que encuentren en su camino un salvador popular a quien se comprenda mejor que a mí.

La Alemania de los Hohenzollern y la Baviera de los Wittelsbach, de tan siniestro destino, acababan de desaparecer. Iban a nacer otra Baviera y otra Alemania más poderosa.

Estaba preso de una idea fija : unificar a los alemanes mediante el nacionalismo y el socialismo, persuadido de que tal unión podría realizarse como consecuencia de una revolución pacífica. Después, la Alemania revolucionaria y dinámica se impondría por sí misma. Estaba convencido que el destino de nuestro país debía ser el primero de Europa y mantenía justamente aquella opinión precisamente porque habíamos perdido la Gran Guerra. ¿Cómo la habíamos perdido?, me preguntaba. Para vencer a los pueblos de lengua alemana se había tenido que coaligar el mundo entero : el Imperio británico, Francia, Rusia, Estados Unidos, Japón, Rumania, Portugal, Servia y Grecia, sin contar otras naciones, que se apresuraron a tomar parte en el despojo. A pesar de los graves errores cometidos, estuvimos a dos dedos de alcanzar la victoria. Nuestro pueblo — el pueblo germánico — me parecía, por tanto, el primero de Europa ; necesitaba recuperar así su rango costara lo que costara. De otra manera se sumiría en la nada. Ni mis camaradas ni yo mismo buscábamos soluciones europeas. Deseábamos — en nombre de la primacía de la sangre germana — una revolución *alemana*. El resto nos importaba poco. Tan sólo en el año 1944 se me ocurrió de que la política exterior podía privar sobre la política interior. Demasiado tarde.

Pero en los tiempos de que hablo era, contrariamente, demasiado pronto. El mariscal Foch, generalísimo *de* los ejércitos de la Entente, reprodujo en sus «Memorias» las declaraciones hechas por los plenipotenciarios alemanes en Rethondes, el 11 de noviembre de 1918:

«La ejecución de este tratado puede precipitar al pueblo alemán en la amargura y el hambre. Las discusiones que han llevado al armisticio hacían esperar condiciones que asegurando a nuestro adversario plena y entera seguridad militar, hubieran puesto final a los sufrimientos de los no combatientes, mujeres y niños.

Pero el pueblo alemán, que durante cincuenta meses se ha enfrentado a un entero universo de enemigos, conservará a pesar de toda violencia, su libertad y su unidad.

Un pueblo de setenta millones sufre, pero no muere.»

Aquel pueblo sufría atrozmente y nosotros asistíamos, impotentes, a su agonía. Más de 900.000 alemanes murieron de hambre en 1918. Resulta difícil, todavía en la actualidad, hacerse una idea del caos en que nos debatíamos. Profundamente divididos, estábamos a punto de alcanzar el fondo del abismo. Resultaba evidente que la revolución individualista, grupuscular, no podía cambiar nada. Por ello, precisaba darse prisa.

Antiguo combatientes como yo mismo, soldado de infantería como yo mismo y como yo surgido de una familia popular — su padre fue un herrero — Mussolini era seis años mayor que yo. Cuando fundó los *Fasci italiani di Combattimento* (Haces italianos de Combate), en 1919, su experiencia de militante popular, periodista doctrinal, orador y preso político, era notoriamente superior a la mía, enteramente nula al respecto. En aquella época se le consideraba como un renegado, un aventurero que quería hacer carrera en las derechas. En noviembre de 1919, todo el mundo le consideró acabado. Tras una campaña que hizo mucho ruido, no consiguió en las elecciones de Milán el jefe supremo de los Fascios más que 4.750 míseros votos, mientras los socialistas obtenían 176.000. Tuvo un momento de depresión y pronunció estas palabras, que poco después repetiría yo mismo : « ¡ La guerra y las trincheras ! ¡ Aquélla era la buena época ! »

Pero siguió combatiendo y dos años más tarde, el 15 de mayo de 1921, era elegido dos veces triunfalmente en Bolonia con 172.491 votos y en Milán con 124.918. Entró en la Cámara con 35 diputados. El eco de aquella campaña fue enorme en Baviera,

sobre todo entre nuestros camaradas. ¿No serían capaces también de conseguir un honorable progreso? ¿No podían, como los italianos, dominar la anarquía, la miseria y la humillación? En la primavera de 1922, el partido fascista contaba con 700.000 miembros. Nosotros éramos cien veces menos numerosos. Sin embargo, el camino estaba trazado. En la historia de las revoluciones del siglo xx, los Fascios de Combate precedieron a nuestras SA. La batalla de Milán, del 15 de abril de 1919, demostró, no solamente a los italianos sino a los anticomunistas europeos e incluso a los burgueses temblorosos, que las tropas de la revolución roja no eran invencibles.

Sin Mussolini y sus *Fasci*, la cristalización nacionalsocialista de los elementos surgidos de los cuerpos francos, de las sociedades secretas, de la Vema, de la miseria y la desesperación, no hubiera podido realizarse, o bien se habría efectuado de diferente manera. Ante el peligro comunista, fue el Duce quien hizo entrar por vez primera en acción el concepto del partido unitario, popular, socialista y nacional, que encarnaba las fuerzas vivas de la patria real frente a un Estado ingobernable y un gobierno impotente.

En lo que a mí respecta, supe apreciar como era debido la acción de Mussolini tanto en el interior como en el exterior de su propio movimiento. En el transcurso del año 1921 tuvimos que superar, uno y otro, una crisis interior provocada por los elementos ultra. Después de la pequeña conjura de Bolonia, en agosto de 1921, Mussolini presentó su dimisión del Comité Central de los Fascios. Por mi parte tuve que regresar rápidamente desde Berlín a Munich y dimitir del Comité Central del NSDAP. Me acusaban, entre otras cosas, de «favorecer los intereses de los judíos y sus amigos». Como es lógico, se rechazó la dimisión del Duce y también la mía. Tengo que reconocer, sin embargo, que fue Mussolini quien hizo respetar el primero, en el seno del partido político moderno, el *Führerprinzip*, el principio del jefe, absolutamente necesario en una colectividad de combate. En su *Summa Teológica*, santo Tomás de Aquino hacía ya constar : «El mejor gobierno es el de un solo jefe». El pueblo alemán me llamaría más tarde el *Führer*. Pero mis íntimos me llamaban, en francés, *le Chef*.

CAPITULO III

Del «putsch» de Munich a la Cancillería del Reich

No es la masa quien crea, ni la mayoría la que se organiza o reflexiona, sino siempre y por doquier, el individuo.

ADOLFO HITLER
(*Mein Kampf*)

Cuando Goering se adelantó hacia la ventana y anunció a la multitud que el Führer acababa de ser nombrado canciller, aclamaciones sin fin sonaron en la Wilhemstrasse... Poco a poco, el entusiasmo alcanzó el delirio.

J. BENOIST-MECHIN
(*Historia del ejército alemán*)

Cuanto precede explica en parte el hecho de Munich, el «putsch» de noviembre de 1923. Aquel «putsch» no se habría organizado —rápidamente y bastante mal — si los camisas negras de Mussolini no nos hubieran dado el ejemplo de la marcha sobre Roma. Quisimos ir demasiado aprisa. Resultado : el partido fue desarticulado y perseguido y nuestra llegada al poder se retrasó cuatro años.

El 27 de octubre, las legiones fascistas se habían adueñado de Nápoles, Milán, Trieste, Padua, Pisa, Venecia y finalmente de Roma, donde el rey había recibido a Mussolini en el Quirinal, haciéndole su presidente del Consejo, ministro de Asuntos Exteriores y también del Interior. Fui mal informado sobre lo ocurrido en Italia por nuestro enviado y observador en Milán, Karl Ludecke. Nosotros, los alemanes, hemos sufrido siempre la influencia de Italia y sin ella, Mozart, Goethe y Wagner no hubieran sido quienes son. Tanto el Duce como yo nos esforzábamos en ser Rienzi.

El éxito fascista, tan fácil en apariencia, me fascinaba. Creí posible realizar inmediatamente la revolución nacionalsocialista en Baviera. Después, emprenderíamos desde Munich una marcha *nach Berlin*, arrastrando a las fuerzas de la revolución nacional y socialista de Wurtemberg, de Franconia, Turingia y Sajonia, donde teníamos numerosos partidarios.

Se sabe cómo fracasaron los apoyos con que contábamos, pese a las promesas hechas por el general Ludendorff, cuyo prestigio era todavía muy grande (1) y que estaba abiertamente a nuestro lado. Corno es natural, nosotros decíamos que estábamos al lado suyo.

(1) Erich von Ludendorff, adjunto del mariscal de campo Paul von Hindenburg, mandó prácticamente los ejércitos imperiales a partir de principios de 1917. Tras el derrumbamiento del frente oriental y la paz de Brest-Litovsk, Ludendorff trató de utilizar la superioridad numérica alemana en el Oeste. Lanzó una tras

Entonces, el jefe de la Reichswehr, el general Von Seeckt, por orden de Stressemann, proclamó el estado de sitio en toda Alemania. Conviene recordar aquí que según las cláusulas secretas del Tratado de Rapallo (1), firmado entre la URSS y la Alemania de Weimar, el ministro de la Guerra, Gessler y Von Seeckt, por una parte, y el gran Estado Mayor del Ejército Rojo por la otra, colaboraban muy estrechamente. La Reichswehr pudo entrenarse en la URSS y construir allá las armas (aviones, carros de asalto) cuyo uso había prohibido a Alemania el Tratado de Versalles. Nuestros técnicos que trabajaban para el ejército tenían sus oficinas en Suiza, Suecia, Holanda, Turquía, España, pero sobre todo en la URSS. Cerca de Moscú, nuestros ingenieros construían prototipos de carros blindados, aviones «Junker» en Siberia central, «Fokker» en Moscú, Kiev y Smolensko, «Dornier» en Kronstadt. Nuestros químicos disponían allá también de sus laboratorios, en Saratov. Por tales razones no me sentía muy tranquilo cuando atacué al Este en 1941, puesto que en contrapartida, la URSS se había beneficiado de ciertas patentes, de prototipos y también de ingenios y aparatos contruidos en serie en *nuestras* fábricas. Hasta 1929, «Fokker» tuvo que entregar 824 aparatos, cazas y bombarderos a Moscú, plaza de armas de la revolución mundial. Aquella colaboración duró hasta 1933. Resultaba difícil denunciarla públicamente sin luchar de una manera abierta contra el Estado Mayor. Sin embargo, el honor y el buen sentido prohibían colaborar con los soviéticos, que habían apuñalado a nuestro ejército por la espalda. Nosotros, los nacionalsocialistas, no dejábamos de considerarlos como los peores enemigos de la patria. El general Ludendorff hablaba abiertamente de locura y traición. Pretendía tener la seguridad, transmitida por uno de sus amigos industriales, Arnold Rechberg, de que franceses e ingleses nos darían todas las facilidades para destruir al bolchevismo. De hecho,

otra seis ofensivas, la última el 15 de julio de 1918, que fracasaron. A su grado de primer general en jefe del Ejército alemán, Ludendorff añadió por sí mismo esta apostilla: «*Mit eigener Verantwortung*», «bajo propia responsabilidad». Quiso señalar con ello que no estaba subordinado al mariscal Hindenburg ni al emperador Guillermo II.

Rechberg debió convencer al presidente Poincaré y el mariscal Foch. Pero Von Seeckt vigilaba.

El propio Stressemann se veía obligado a dar ventajas a Occidente y demostrar que Alemania era una democracia ejemplar. Tocó así a los nacionalsocialistas pagar las consecuencias de esta doble operación. Finalmente, nos encontramos solos, aquel 9 de noviembre, en la plaza del Odeón, en Munich, en marcha sobre el palacio del gobierno. Nuestros adversarios, Wolfgang von Kahr, que se había hecho nombrar comisario general del Estado para restablecer la monarquía gracias a nuestros hombres ; el general Von Losow y el coronel Von Seisser — ¡ más tarde acusadores nuestros ! — habían dado su palabra de honor de que nos apoyarían. Traicionaron esta palabra. Y encontramos a sus esbirros armados ante nosotros. Fue una hermosa emboscada.

Sin embargo, al marchar aquel día al frente de nuestros camaradas, tuve la convicción de que podíamos y debíamos triunfar. Y hubiéramos triunfado de no haber sido por un pobre idiota de quien nadie habla. Nuestra formación iba precedida por dos estandartes, uno de la cruz gamada llevado por Andreas Bauriedl y el de la Unión Oberland, que enarbolaba Garreis. Éramos unos tres mil hombres entonando canciones patrióticas. La multitud nos aclamaba. Yo iba en primera fila, con el general Ludendorff vestido de paisano, Ulrich Graff, Gottfried Feder, el coronel Kiebel, Schebauer-Richter y luego seguían Goering, Anton Drexler, Alfred Rosenberg... Tropezamos con la primera barrera de la policía y pensé entonces que era justamente el 124 aniversario del 18 Brumario... También de la proclamación de la República.

Habíamos franqueado el Isar. Detrás de nosotros, las SA gritaban nuestra consigna : *Deutschland erwache!* ¡ Despierta, Alemania! Clamor que la multitud, cada vez más densa, repetía. Luego sonó, majestuoso y sublime, el *Deutschland über alles*, que ascendió al cielo. La policía verde estrechó sus filas. Avanzamos directamente hacia ella, mirando a sus hombres a los ojos.

Con su sombrero flexible negro colocado en su cráneo como un casco puntiagudo y las manos en los bolsillos de su abrigo, Ludendorff, muy tranquilo, apostrofó a un oficial de la policía :

—¿Vais a disparar sobre mí? ¡ Soy Ludendorff !

El otro saludó. Cesaron las canciones. Por todos los lados se oyó decir :

—¡ No disparéis ! Ludendorff está al frente con Hitler !

Eran las once. Si conseguíamos avanzar cien metros estábamos salvados : en la enorme plaza, las SA desbordarían rápidamente a los servicios de orden. Pero el drama estalló a la salida de la estrecha Residenzstrasse. Vi surgir ante mí, un poco a la izquierda, a un prodigioso imbécil : era el desgraciado barón Von Godin, que ante Ypres consideraba insoportable que yo leyera a Schopenhauer. Me reconoció y leí en sus ojos un odio mil veces más terrible que el que había visto jamás en la mirada de nuestros adversarios franceses e ingleses en el campo de batalla : el odio de la casta, del privilegio, ante la revolución popular.

—¡ Fuego ! ¡ Fuego ! — vociferó Von Godin.

Al ver que no le obedecían, empuñó el fusil de un gendarme y disparó. El camarada Graff, que se precipitó ante mí, resultó gravemente herido y me arrastró al caer. Así es cómo salvé la vida. El camarada Neubauer, que había hecho con su cuerpo un parapeto a Ludendorff, cayó muerto. A partir de aquel instante se sucedieron los disparos. Crepitó una descarga. Schenbauer-Richter y Bauriedl cayeron muertos. El estandarte de la cruz gamada se bañó en la sangre de seis caídos y un centenar de heridos. Hermann Goering, que se había adelantado también, cayó gravemente alcanzado en un muslo. Pero nuestros hombres respondieron. Tres gendarmes fueron muertos y unos veinte heridos. Me levanté tan pronto como me fue posible y con mi brazo válido — tenía el hombro dislocado — ordené a las SA que cesaran el fuego. Ludendorff había quedado milagrosamente indemne. Mientras le detenían respetuosamente, envié un emisario a Roehm, que ocupaba el Ministerio de la Guerra, ordenándole que cesara toda resistencia. La traición era total : había que evitar una matanza inútil. Allá habían muerto ya dos SA. Por una extraña ironía del destino, el portaestandarte de Roehm no era otro que Heinrich Himmler, que se convertiría luego en su íntimo enemigo.

Subí a un automóvil con un médico, el doctor Schutze, que estaba también gravemente herido y pasé lentamente ante las SA, que adoptaron la posición de firmes, en la plaza de Maximiliano-José. Rosenberg fue el primero en saludar al jefe vencido por la traición. En el *Vöelkischer Beobachter* y con ocasión del décimo aniversario de aquella jornada, describiría así la escena :

«El rostro de Hitler tenía, en sus rasgos, una expresión indefinible. El vehículo donde había tomado asiento y donde se encontraba también un joven ensangrentado, avanzaba lentamente. El Führer pasó ante la columna de las SA, que había rehecho su formación. Los hombres rectificaron la posición y saludaron con un *Heil!* muy firme aunque pronunciado en voz baja.»

La revolución había fracasado porque no habíamos sabido contar, en primer lugar, mas que con nosotros mismos. Los resultados prácticos fueron catastróficos. Queríamos efectuar una marcha sobre Berlín y no habíamos podido siquiera atravesar la plaza del Odeón. La represión fue muy dura. Nos confiscaron todos los bienes del partido, calculados en 170.000 marcos oro. Unos sesenta dirigentes fueron a parar a la cárcel. Otros centenares tuvieron que desaparecer de la circulación. Tendido en una camilla, Goering pudo atravesar los collados nevados del Tirol meridional y se instaló en Venecia, acompañado por su esposa Karin. Por mi parte fui detenido y juzgado en compañía del general Ludendorff y otros conjurados, acusado de alta traición. El general declaró en el proceso, efectuado en febrero de 1924, que me consideraba como su hijo ; sin embargo, tanto mis camaradas como yo habíamos criticado de manera acerba que se hubiera dejado manejar y ridiculizar por el general Von Lossow. Pronunció un largo discurso antirrepública, antiemperador, antirrey, antipapa, antitodo. Expresó su desprecio al tribunal y fue absuelto, lo que resultó terrible para él. Cuando escuchó el veredicto, declaró dignamente que «aquella absolución era un insulto hacia su persona y su uniforme, que no volvería a vestir jamás».

Fui condenado a cinco años de cárcel, tras haber precisado : «Nuestros hombres de las Secciones de Asalto no han luchado contra el ejército del Reich, sino contra la policía de un Estado en descomposición y elementos de la 7.^a División que, como ha demostrado el general Ludendorff, estaban en rebeldía contra la autoridad central y en especial contra el coronel Von Epp. Llegará un día, empero, en que los alemanes que han estado el 9 de noviembre a los dos lados de la barricada, se encontrarán reunidos en un solo ejército, el del nacionalsocialismo victorioso».

El 26 de febrero me trasladaron, con fuerte escolta, a 50 kilómetros de Munich, a Landsberg del Lech, población antes célebre por su colegio de jesuitas. Fui encerrado en la fortaleza y Rudolf Hess no tardó en reunirse conmigo.

Fue en Landberg donde comencé a escribir el *Mein Kampf*, dictando con frecuencia a Hess, que podía acudir libremente a mi celda. Muy pronto, todo el personal de la cárcel, incluido su director, se adhirió al partido. En una cárcel, el reclutamiento es forzosamente reducido y mínima toda propaganda. Me daría cuenta de ello nueve meses más tarde, el 20 de diciembre de 1924, cuando fui puesto en libertad.

Cierto que era entonces conocido e incluso popular entre la derecha y ciertos medios obreros rebeldes a la propaganda moscovita. Pero no quedaban más que jirones del partido, que seguía siendo ilegal. Consiguió funcionar, aunque con mucha lentitud, a partir de 1925, sobre todo gracias al gran Müller, nuestro editor, impresor del *Völkischer Beobachter*, cuya dirección había vuelto a asumir Rosenberg tras un corto intervalo, y nuestro administrador, Max Amann. Müller vendió 23.000 ejemplares del *Mein Kampf* aquel año, cosa que nos ayudó considerablemente. El ejemplar costaba 12 marcos (1). Pero Eckart murió en la cárcel ; Roehm se convirtió en coronel del ejército boliviano ; Ludendorff proseguía persiguiendo sus quimeras, y Georing continuaba en el exilio. Gregor Strasser, que había vendido su farmacia, aspiraba a llegar a ser el verdadero jefe del partido.

Yo vivía en Munich, en el número 21 de Thierschstrasse, en un pequeño piso de dos habitaciones y Müller me adelantó el dinero (25.000 marcos) que me permitió comprar un chalet en Berchtesgaden. No era todavía el «nido de águila», del que tanto se ha hablado, pero la vista sobre los Alpes era la misma : maravillosa. Müller y Amann hicieron allá una buena inversión.

Fue aquél el período menos tumultuoso de mi existencia. Terminé el *Mein Kampf* y volví a establecer contacto con H. S. Chamberlain, que me animó con todas sus fuerzas. «Le esperan las más

altas y mayores tareas», me escribió. «Dios le proteja.» En aquella época, una especie de astrólogo me predijo la gloria y luego, el vacío. Cuando se sabe interrogarles, los astros dicen con frecuencia la verdad.

Hablando de mí, Heinrich Held, primer ministro bávaro y presidente del muy burgués Partido demócrata católico, decía a Gertner, su ministro de Justicia :

—Esta vez, el león Adolfo está domesticado.

Held se equivocaba. Lo cierto es que no sonaban mis rugidos : aquello era todo. Se me había prohibido hablar en Prusia, en Baviera, en Wurtemberg y en Renania. Había que burlar la ley de mil maneras. Lentamente, muy lentamente, nos fue posible comenzar de nuevo nuestra propaganda. Formé (1925) las SS (*Schutz Staffel*) con un uniforme negro inspirado en el modelo de la milicia fascista. La misión de aquellas tropas de protección no era, como se ha dicho, asesinar a la gente, sino proteger nuestras reuniones allá donde teníamos todavía derecho a expresarnos, es decir, en Sajonia y Turingia : las Secciones de Asalto estaban prohibidas en todo el territorio de la República. En 1926 se levantó la prohibición y las SS, mandadas por un ingeniero agrónomo que criaba pollos en los alrededores de Munich, Heinrich Himmler, sufrieron un eclipse bastante dilatado. Más tarde, Himmler sería jefe de las fuerzas de policía del Reich, lo que hace que se considere como seres dulces y pacíficos a los más crueles chequistas como Dzeryinski, Yagoda, Yejov y Beria en comparación con él. Veremos lo que hay que pensar sobre Himmler. Conviene precisar, sin embargo, que antes de la guerra, las SS o *Schwarze Corps*, no constituían en absoluto una policía supletoria, sino un cuerpo seleccionado, sometido a ciertas obligaciones y aceptando, por ejemplo, contraer matrimonio según los principios de un eugenismo voluntario. Durante la guerra y después de la contienda se ha confundido, muchas veces por ignorancia, los combatientes SS, es decir las *Waffen SS* y los policías especiales de Himmler. Hay que añadir que de unos efectivos de 600.000 hombres aproximadamente, las *Waffen SS* alemanas tuvieron 370.000 muertos y 52.000 desaparecidos.

con potencias mágicas, los Siete Sabios del Tibet, etc., más o menos iniciados en los terribles misterios que mueven el mundo, me habían puesto en el camino del poder. Siempre según esta versión, mis iniciadores habían sido el «Mago» Hanusen, un sociólogo hinduista, el doctor Hans Horbiger, partidario de la «civilización de los hielos», y un astrónomo, el doctor Fauth — no confundir con el doctor Fausto —, obsesionado por una concepción particular del Universo, que consideraba como un gran animal que contenía a su vez a todos los animales.

Todo esto pertenece a la leyenda. Y sin embargo... •

El *Schwarze Corps* no era una sociedad secreta, sino una formación de *élite*, como la creada por Savary con su gendarmería a principios del pasado siglo. Pero Himmler no tenía las cualidades de Savary, que se distinguió en Austerlitz, Eylau y Friedland como soldado y en San Petersburgo como embajador. Más tarde, nuestro «fiel Heinrich» se creyó la reencarnación de Carlos el Temerario y proyectó secretamente la formación de un nuevo Estado que comprendería, además de Borgoña y Bélgica, una parte de Suiza, Luxemburgo y el Franco Condado. Como es natural, él hubiera sido jefe de aquel Estado neocarolingio. Resultaba algo delirante. Por otra parte, yo no tuve conocimiento de estos proyectos, de los que volveremos a hablar. Pero aquellos que buscan los orígenes esotéricos del nacional-socialismo pueden preguntarse si tales locuras no eran más bien obra de cerebros desordenados, de presuntos «iniciados», que de personas sensatas.

Resulta difícil mantener un gran movimiento político en un camino recto y abierto. Mucha gente tiene la manía de las sociedades secretas. Examinan así apasionadamente las civilizaciones desaparecidas e interrogan a los astros y los símbolos, con la esperanza de conocer lo irreconocible y penetrar en el enigma del hombre. El más grande de los románticos alemanes, Novalis, dijo : «Estamos más cerca de lo invisible que de lo visible». Para algunos, el Partido nacionalsocialista era una comunidad humana surreal y fantástica. En mayor o menor grado, vivimos todos en un mundo imaginario y el Partido Obrero nacionalsocialista alemán era en algunos de sus aspectos un movimiento de imaginación. Yo *imaginé* así la Europa germánica y la guerra en un grado mucho mayor al que las hice en realidad. Nadie ha podido descubrir todavía los límites de la imaginación humana : pero la rea-

lidad sí tiene sus límites. Lo comprendí cuando era ya demasiado tarde.

Aquella resurrección del romanticismo alemán titulada nacional socialismo arrastraría irresistiblemente a su jefe. Me convertí así en prisionero de un mito e inmesas masas aguardaron de mí lo imposible : que fuera el elegido providencial, incapaz de cometer un error. De haber pronunciado en un discurso estas tres palabras : «Me he equivocado», todo se hubiera derrumbado.

En vano traté de defenderme contra el mito por medio de una gran sencillez de lenguaje, de una existencia sobria que incluso alcanzaba el vestir. Pero más tarde me dejé dominar por el personaje que no era. Aquélla resultaba la única manera de perdurar.

El principio del jefe no puede imponerse más que cuando el jefe es símbolo vivo de sus tropas, de las que encarna en su grado máximo, no sólo las voluntades y esperanzas, sino también las creencias más íntimas y secretas.

Quienes me rodeaban no hacían nada para que el equívoco cesara, sino todo lo contrario. Desde un principio, nuestras manifestaciones diurnas y nocturnas adquirieron el aspecto de ceremonias rituales. Su aire misterioso e insólito impresionó la imaginación de las masas. En el seno del partido, los adeptos de la sociedad de Thule, los antiguos jueces francos de la Santa Vema pudieron dar libre curso a sus viejas elucubraciones. Había entre nosotros un número bastante grande de tales alucinados, firmemente convencidos de que yo era el elegido de las fuerzas desconocidas. Cuando nuestros soldados alpinos escalaron el Elbruz, el «Monte Sagrado de los Arios», algunos estuvieron persuadidos de que habíamos ganado la guerra en el Este. Pero plantar la bandera del Reich en la cima más alta del Cáucaso (5.633 metros) no dio la victoria a Alemania. No fue en realidad más que una bonita hazaña deportiva llevada a efecto el 21 de agosto de 1942, a pesar de una intensa tempestad de nieve. ¿Habría que efectuar acaso una expedición más allá de Siberia, al propio corazón del desierto de Gobi, porque según la leyenda, Thor, primogénito de Frigga y Odín, era originario de aquella región?

En el momento de su fundación, las SS no eran más que 280 hombres. Nos veíamos obligados a enmascarar además a nues

tras organizaciones de activistas bajo la capa de sociedades de portivas o culturales. Durante tres o cuatro años, el partido atravesó una fase de organización. El *Deutsches Jungvolk*, futuras juventudes hitlerianas ; el *Bund Deutcher Maedel*; las *NS Frauen schafen*, agruparon los muchachos y muchachas de diez a dieciocho años, así como a las mujeres, que se revelaron unas buenas militantes. Pronto recuperamos a Goering ; luego apareció Joseph Goebbels.

Periodista y orador prestigioso, Goebbels poseía el genio de la propaganda y la persuasión. Fue él quien dio un estilo enteramente nuevo a la escenificación de la Idea, del verbo que tiene que pasar luego a la acción. Era también un excelente organizador.

Pero a pesar de nuestro esfuerzo, no se tomaban en cuenta nuestras advertencias. Alemania atravesaba un período ficticio de prosperidad. En los años de 1925 a 1929, «marchaban» los negocios. No era que la nación hubiera puesto efectivamente manos al trabajo, sino que operaba la magia del capital público o privado prestado a Alemania por Estados Unidos, Gran Bretaña y Holanda. Se trataba en general de cantidades enormes que permitieron a la industria volver a ponerse en marcha. Claro que ello dio lugar a innumerables especulaciones y gigantescas estafas. La socialdemocracia y luego el centro católico que ocupaban el poder no se defendían contra la invasión del capital internacional, de manera que los trusts, «konzerns», etc., pudieron hacer de las suyas. ¡ Cuántas veces dijimos entonces que Alemania iba directamente a una nueva catástrofe ! Sin ver más que su interés inmediato, nuestros compatriotas nos consideraban como pájaros de mal agüero, perpetuamente excitados y descontentos. Parecían desinteresarse por completo del futuro, sin duda porque el presente les parecía bastante bueno para admitirlo tal como era en comparación con un pasado inmediato. Aquel fenómeno se reprodujo tras la II Guerra Mundial en muchos países europeos, donde todavía dura. En las elecciones de 1928 obtuvimos solamente 810.000 votos y nuestros doce diputados apenas pudieron dejar oír su voz en el Reichstag.

La crisis estalló, profunda y catastrófica, en 1929. Hubo que reembolsar el dinero prestado y con frecuencia dilapidado. Fue imposible. A la euforia sucedió el pánico. El «crac» bolsístico

americano provocó el hundimiento mundial del curso de todos los valores artificialmente hinchados. Nadie pensó ya en socorrer a Alemania. Los planes Dawes y Young, negociados por Stresemann, se revelaron impotentes para poner diques al cataclismo y la moratoria Hoover, que algo más tarde suprimió todas las deudas y reparaciones alemanas, no tuvo éxito mayor. Fue entonces cuando comenzó a comprenderse el sentido de nuestro lema : *Deutschland erwache!*

Por medio de incesantes huelgas y violentas manifestaciones callejeras, los sindicatos marxistas impusieron aumentos de salarios, pronto absorbidos por la subida vertical de los precios. Por otra parte, el egoísmo de los grandes patronos y su estupidez, hacían el juego de los comunistas, es decir, de Moscú.

En las elecciones del 14 de septiembre de 1930, el partido obtuvo 6.409.600 votos y 107 diputados con la camisa parda entraron en el Reichstag ; 4.592.000 de nuestros compatriotas votaron a los comunistas, contra 3.265.000 dos años antes. Nos encontramos así cara a cara con nuestros verdaderos enemigos : entre ellos y nosotros la lucha quedó planteada a muerte. El partido comunista alemán (KDP), que vivía de los subsidios del Komintern (cerca de 4.000.000 de marcos oro en 1931), tenía sus secciones de combate del Frente Rojo que comprendían 350.000 hombres adiestrados en las batallas callejeras, las manifestaciones masivas y los atentados terroristas. Aquel ejército dirigido desde Moscú tenía objetivos bien precisos : paralizar el país mediante la huelga general, desencadenar la insurrección armada, apoderarse del poder civil y militar y finalmente «eliminar de manera física a los enemigos de la clase obrera... con el fin de que desde Alemania, la dictadura soviética se extendiera a toda la Europa occidental» (párrafo de las conclusiones de la XII Asamblea plenaria del Comité ejecutivo de la Internacional comunista, celebrada en Moscú en septiembre de 1932).

En el mes de enero de 1931 había en Alemania 5.660.000 parados. La catástrofe económica parecía haber cogido desprevenidos a todos los partidos, tanto a las tradicionales organizaciones dirigidas por los bonzos de la socialdemocracia, las gentes de la *Reichsbanner*, con sus banderas negro, oro y rojo y sus estandartes rojo y blanco con las tres flechas socialistas, como a las organizaciones burguesas, los muy distinguidos economistas y el

Herren Club. Por nuestra parte aceptamos finalmente una alianza limitada con los *Stahlhelm*, «Cascos de Acero», organización de antiguos combatientes. Yo no temía a nadie : el partido contaba con la fortaleza de sus 810.000 miembros.

En Europa, Alemania aparecía completamente aislada y no se disimulaba una abierta satisfacción por verla caer de nuevo en la miseria : «Quienes desean vivir realmente en paz — declaraba yo en diciembre de 1931 —, deberían ayudar ante todo a las naciones para que vivieran pacíficamente e impedir que fuerzas fatales las empujen a una solución desesperada. El movimiento nacional-socialista está persuadido de que la paz se asegurará mejor en Europa si se revisan y abrogan los tratados políticos que encadenan a Alemania.»

Contra los comunistas manteníamos una batalla por la posesión de la calle. Aceptamos aquella lucha y devolvimos golpe por golpe. Por todas partes celebraba yo reuniones, trasladándome en avión de Breslau a Stuttgart, de Nuremberg a Halle, de Berlín a Munich, de Dusseldorf a Leipzig, de Hamburgo a Stettin. Volábamos frecuentemente con un tiempo detestable y más de una vez nos facilitaron falsas previsiones meteorológicas con la esperanza de que me rompiera de una vez la crisma. ¿Qué hubiera sido del mundo si yo me hubiera matado en 1932? Pero no me maté y me convertí en algo cada vez más molesto para quienes ocupaban el poder. El canciller Brüning tuvo a bien citarme para ofrecirme el poder... en el plazo de un año. Me negué indignado. Brüning desaparecería muy pronto.

En tales condiciones y en marzo de 1932, presenté mi candidatura a la presidencia del Reich contra el mariscal Von Hindenburg, a quien apoyaba el Frente de Hierro socialista y el centro. En la primera vuelta, Hindenburg obtuvo 18.650.730 votos ; yo le seguía con 11.339.285 tan sólo, por delante del comunista Thaelmann, que tuvo 4.983.197. El partido redobló sus esfuerzos entre las dos vueltas, a pesar de que la victoria de Hindenburg parecía segura. Fue elegido, efectivamente, el 10 de abril por 19.359.633 votos. Pero yo obtuve ventaja sobre la primera vuelta al conseguir 13.418.051, mientras Thaelman no tenía más que 3.706.655. Calculamos que si para derrotarme, millares de comunistas votaron en favor del vencedor de Tannenberg, otros por lo menos tan numerosos votaron a mi favor.

El gobierno tuvo miedo. El general Groener, a la vez ministro de la Reichswehr y del Interior, decretó el 13 de abril **la** disolución de las SA que mandaba Roehm, vuelto de Bolivia. La desmovilización de las SA se efectuó con la disciplina más perfecta. Y el 9 de mayo, Goering, que presidía el Reichstag, pronunció un discurso de intensa violencia y declaró que «el general Groener no le parecía calificado para asegurar la seguridad pública y mandar el ejército». Se procedió a la votación. Groener fue derrotado por 287 votos contra 257. Franz von Papen formó un nuevo gobierno con el general Von Schleicher como ministro de la Reichswehr. Fue el momento escogido por Gregor Strasser para traicionar el partido y aceptar en principio el puesto de vicescanciller. Quedó inmediatamente aislado y sus avergonzados partidarios juraron seguirme hasta el fin. Contra la opinión de Schleicher, el mariscal Von Hindenburg firmó el 4 de junio un decreto devolviendo todos sus derechos a nuestras SA. El Frente Rojo se echó a la calle. Resultado : 18 muertos y doscientos heridos el 12 de julio ; una semana más tarde, 19 muertos y doscientos ochenta heridos cerca de Hamburgo. Se luchó en Renania, en el Palatinado, en Turingia, en Pomerania, en Baviera y Brunswick. Era la guerra civil.

El 30 de enero de 1933, el mariscal Von Hindenburg me nombró canciller del Reich.

Acerca de este nombramiento se ha hablado de regateos, oscuras negociaciones e incluso de un chantaje ejercido sobre el anciano soldado con motivo de un fraude fiscal del que se había hecho culpable el coronel Oscar von Hindenburg, hijo del mariscal.

Si hubiera habido que nombrar canciller del Reich a cuantos podían denunciar entonces un fraude de tal especie, los cancilleres hubieran sido numerosos ! El historiador tendrá necesariamente que reconocer que la verdad es otra. Había que sacar a Alemania del caos. Hindenburg tenía que elegir entre la anarquía sangrienta y nosotros. Por nuestra parte, deseábamos liberar el país de las monstruosas exigencias de Versalles, suprimir la lucha de clases y construir una nación sana gobernada por un Estado fuerte y honrado. El 80 por ciento de los alemanes, por lo menos, estaban de acuerdo con nosotros.

El régimen parlamentario aparecía por otra parte totalmente desacreditado. El Reichstag había sido disuelto el 13 de marzo y

el 20 de octubre de 1924, en abril de 1928, en julio de 1930, el primero de junio y el 12 de septiembre de 1932 y finalmente a principios de 1933. Una docena de partidos representados en la Cámara en 1932 habían dado patentes pruebas de su impotencia. ¿Qué podía hacer Hindenburg?

Siempre experimenté el mayor respeto hacia el anciano mariscal. En 1933, tenía 86 años y moriría al año siguiente. No podía comprender y admitir ciertos acontecimientos. Siempre pensé que no me había perdonado haberme aliado, aunque sólo hubiera sido provisionalmente, con Ludendorff que no se contaba entre sus amigos. Para Hindenburg yo pertenecía a una especie comunista todavía desconocida. Mis discursos le sorprendían y le inquietaban profundamente :

—¿Dónde quiere ir a parar ese Hitler? — preguntaba a quienes le rodeaban.

En la noche del 27 al 28 de febrero de 1933 ardió el Reichstag. Se han inventado tantas fábulas a este respecto que es preciso ofrecer aquí algunas precisiones. Aquella noche, yo estaba en casa de los Goebbels escuchando discos. Informado por teléfono del incendio, Goebbels creyó que era «una broma» y no me dijo nada al principio. Cuando se confirmó la noticia, nos dirigimos a toda prisa al lugar del siniestro. Goering estaba allá, arrebatado por la ira. Hubiera podido decirse que habían dirigido exclusivamente el atentado contra él, presidente del Parlamento. La cosa se agravó cuando todos los periódicos comunistas e in finidad de otros dijeron que el propio Goering había prendido el fuego. Se dijo que había utilizado un estrecho pasillo subterráneo que unía su residencia con el edificio en llamas. Hubiera resultado difícil : la gordura de Goering le impedía la utilización de tan exiguo paso. Así es que se declaró luego que se había limitado a ordenar que prendieran el fuego, a menos que hubiera sido yo mismo o Goebbels quienes hubiéramos dado la mentada orden. Como jamás di orden alguna en tal sentido, quiero recordar que el incendiario del Reichstag fue detenido, confesó su crimen, dio todos los detalles referentes al mismo, fue condenado a muerte por el tribunal de lo criminal de Leipzig y ejecutado : se llamaba Marinus van der Lubbe. Era un joven albañil holan

dés, comunista fanático y pirómano por añadidura. Se había jactado públicamente, además, de su intención de incendiar diversos edificios públicos entre los que se contaba el Reichstag. Deseaba, por medio de un acto formidable, despertar la conciencia de los comunistas y sus aliados para lanzarlos al combate decisivo. «De otra manera explicó —, todo estará perdido definitivamente para ellos.» Esperaba que la insurrección estallara aquella misma noche, al resplandor de las llamas. Por un momento llegué a pensar que el siniestro respondía a una consigna. En realidad, el joven albañil había obrado solo.

Se ha pretendido, como es natural, que Van der Lubbe fue un provocador a sueldo nuestro. No ha podido suministrarse nunca prueba alguna de semejante afirmación, no porque yo «ordenara personalmente el asesinato de la mayor parte de los incendiarios del Reichstag», como se ha dicho, sino porque Marinus van der Lubbe no necesitaba que le convencieran. En el transcurso de la instrucción y los debates su actitud fue perfectamente digna ; jamás varió sus declaraciones y no se preocupó más que de una cosa durante el proceso : marginar del caso al comunista alemán Torgler y los comunistas búlgaros Dimitrov, Popov y Tanev, acusados con él y que fueron absueltos. Sin embargo, con anterioridad al proceso apareció en el extranjero un «Libro pardo», editado por un *Comité mundial de ayuda a las víctimas del fascismo hitleriano*, donde se afirmaba que «Van der Lubbe reconocía como cómplices a Thaelmann, Torgler y los búlgaros». Algunas leyendas son tenaces — creo que un chófer de Roehm escribió alguna novela al respecto — y, a pesar de sus negativas ante el tribunal de Nuremberg, se sigue considerando a Goering como incendiario del Reichstag en unión de Goebbels y por supuesto, de mí mismo (1).

El edificio era muy feo, monstruoso inclusive y Hermann Goe-

(1) En junio de 1967, la familia de Marinus van der Lubbe solicitó la rehabilitación del incendiario ante un tribunal de la República de Bonn. Lejos de considerarlo como «una víctima de las injusticias nazis», fue condenado a título póstumo a ocho años de trabajos forzados como «incendiario voluntario que puso con su acción vidas humanas en peligro». Quienes siguieron con honradez el primer proceso del incendiario no se sorprendieron del veredicto del Tribunal Criminal de Berlín Oeste.

ring, que pretendía tener un gusto artístico de los más refinados, hubiera podido ordenar su destrucción por razones estéticas, pero no políticas. Se ha olvidado de decir también, en primer lugar, que estuvo a punto de perecer en el incendio. *Is fecit cui prodest*, dice el viejo adagio. Se ha afirmado que el incendio nos sirvió de pretexto para efectuar detenciones en masa. Creo que no sólo es derecho, sino deber de todo gobierno llegado al poder en un clima de guerra civil, detener a todos aquellos que han jurado su destrucción. Todos los gobiernos revolucionarios, franceses, ingleses, rusos y italianos han encerrado en la cárcel a decenas de millares de adversarios y en ocasiones no les ha repugnado su exterminio.

El Comité central del Partido comunista había ya lanzado a sus tropas de choque «la Orden de alarma suprema». Sus depósitos de municiones y armas — ametralladoras pesadas y ligeras, fusiles ametralladores, fusiles, revólveres, granadas y explosivos— fueron descubiertos en los centros comunistas de Prusia, Wurtemberg, Sajonia, Schleswig, Pomerania y Silesia, el Ruhr y otros lugares. Ante estos preparativos de guerra civil, el gobierno no podía permanecer inactivo. Me dijeron, sin embargo, que el dispositivo policiaco gubernamental no estaba a punto aquel 27 de febrero. Para que nadie pudiera escapar a las redadas, tal como era deseo de Goering, fueron todavía necesarios algunos días de preparación. Pero la antorcha que iluminó Berlín aquella noche vino a ser una señal de alarma para los jefes comunistas. Antes de que amaneciera, un determinado número de ellos habían emprendido ya la huida. Tengo que reconocer que yo hubiera hecho lo mismo en su lugar.

Es exacto que aquella misma noche y como canciller del Reich, exigí, de pleno acuerdo con el presidente Hindenburg y el doctor Gürtner, ministro de Justicia, que se tomaran inmediatamente medidas severas para mantener el orden público. Al día siguiente, se procedió a la detención de unos 3.600 dirigentes comunistas y marxistas y de acuerdo con la ley «Para la protección del pueblo», el mariscal decidió que *los actos de traición, los envenenamientos, los incendios, las explosiones, las inundaciones y el sabotaje de las vías férreas*, serían castigados a partir de entonces con la pena de muerte. Estoy persuadido que, al obrar así, evitamos a Alemania una nueva guerra civil.

Tras haber sido una vez más objeto de disolución el Parlamento, se votó el 5 de marzo de 1933. Nuestra coalición obtuvo 17.300.000 votos, es decir 288 puestos en el Reichstag : la mayoría absoluta.

Los nuevos diputados se reunieron en la Ópera Kroll, profusamente adornada y ornada con plantas verdes. En aquel extraño escenario solicité al Parlamento plenos poderes por cuatro años : «El gobierno no utilizará estos poderes más que en la medida que sean esenciales para proteger al Reich y el pueblo... No se coartarán los derechos de las Iglesias y tampoco se modificarán sus relaciones con el Estado... El número de mandatos de que dispone el gobierno podría dispensarle solicitar de vosotros esos poderes necesarios en beneficio del campesinado, de los obreros, de cuantos sufren y quieren trabajar. Sin embargo, el gobierno no está interesado en que le concedáis vuestra confianza mediante un voto claro y franco. Ofrece a los partidos del Reichstag la posibilidad de una colaboración pacífica y un cordial entendimiento. Sin embargo, está igualmente preparado para hacer frente a una negativa y las hostilidades que podrían resultar de la misma. De ustedes, señores diputados, depende la decisión entre la paz y la guerra».

Se pasó al voto y Hermann Goering proclamó los resultados del escrutinio :

Votantes: 535.

En favor de los plenos poderes: 441 votos.

En contra: 94 votos (todos socialdemócratas). Se adopta el proyecto.

Me volví hacia la izquierda y dije a los diputados que acababan de rechazar el ofrecimiento de mi colaboración :

—A partir de ahora, señores, puedo prescindir de sus servicios.

Acto seguido se escucharon los sonos del himno de nuestro partido, compuesto por el estudiante Horst Wessel, asesinado poco antes en Berlín por los comunistas. La República de Weimar había dejado de existir. Comenzaba la historia del III Reich.

CAPÍTULO IV

Una política sin sentido. Escojo la guerra y pacto con los soviéticos

El abogado Pelckmann. — *Testigo... cuando formaba usted parte del estado mayor del "Leibstandart Adolf Hitler", ¿se enteró usted, por ejemplo, de algo concierne a la proyectada agresión contra Austria?*

Testigo Robert Brill. — *... cuando el "Leibstandart" llegó a Austria, hubo tal entusiasmo que no nos pasó siquiera por la cabeza de que cometíamos un crimen. Por demás, entrar en Austria como "Leibstandart" nos parecía natural, ya que el Führer estaba allá: éramos su guardia de corps y teníamos que acompañarle, como era lógico.*

(Informe del proceso
de los grandes criminales de guerra.
Sesión del 5 de agosto de 1946.)

El primer brindis fue hecho por Stalin en honor de Hitler: "Sé cuanto ama el pueblo alemán a su Führer. ¡Quiero beber, por lo tanto, a su salud!"

PAUL SCHMIDT
(En la escena internacional)

El pueblo alemán dio cuatro veces, de 1933 a 1938, una adhesión masiva a la política preconizada por mí. El 12 de noviembre de 1933, la nación votó contra Versalles al decidir por 40.600.000 votos contra 2.100.000 la retirada del Reich de la Sociedad de Naciones : en el campo de concentración de Dachau, de un total de 2.242 detenidos, solamente 88 votaron «no».

El 19 de agosto de 1934 se votó la ley de unificación del Reich bajo el mando del Führer, a la vez presidente y canciller del Reich. A pesar de la oposición de los monárquicos, que veían así desvanecerse las últimas oportunidades de una restauración, la ley obtuvo 38.363.000 votos contra 4.294.000.

La denuncia del tratado de Locarno, tras la firma del pacto francosoviético y la remilitarización de Renania, se aprobó en marzo de 1936 por 44.412.000 votos contra 543.000. Y finalmente, la anexión de Austria al Reich se plebiscitó por 48.751.000 votos contra 452.000, en abril de 1938. «*¡La violación de Austria!*» se escribe ahora con indignación. Sin embargo, había en Austria, el 12 de abril, 4.300.177 electores inscritos.

4.284.295 tomaron parte en la votación.

4.273.884 votaron *en favor* de la unión a Alemania y 9.852 *en contra*. El nombre de las papeletas nulas fue de 559.

A mi entender, estas cifras me autorizan a creer en una adhesión franca y masiva del pueblo austríaco al Anschluss.

El día 15 de marzo de 1938, el cardenal Innitzer, arzobispo de Viena, acudió a visitarme.

—Señor canciller — me dijo —, quiero expresarle la profunda alegría que me causa la unión de Austria a Alemania. Puedo asegurarle que todos los católicos austríacos contribuirán con entero corazón a la construcción del Reich germánico.

Al parecer, yo no me había convertido todavía en el diablo.

En aquel momento, el NSDAP contaba con ocho millones de adheridos. Todos los restantes partidos se habían suprimido.

No resulta posible afirmar que los pueblos alemán y austríaco se vieron obligados o forzados a aceptar el régimen nacionalsocialista. No es posible pretender tampoco que cuarenta millones de personas se vieron afectadas de locura furiosa cada vez que se les consultó.

Sin embargo, semejante unanimidad era peligrosa, tanto mas cuanto tampoco existía la oposición en el interior del partido. Si en 1938 hubiera estado dotado de intuición, me habría dado cuenta de que me había equivocado de revolución. Había realizado, en efecto, la unidad alemana *contra* el tratado de Versalles. Aquello era tanto como colocar al pueblo alemán en el camino del desquite.

Desquite que podía obtener por la guerra o la paz. Para obtenerlo por la paz, no bastaba que el partido y el pueblo alemán tuvieran una conciencia nacional o para ser más precisos, nacionalista. Quisiéramos o no, estábamos en Europa y formábamos parte de Occidente. Nuestra política ultranacionalista — según hubiera tenido que prever — iba a suscitar graves dificultades, dificultades crecientes a algunos grandes países como Gran Bretaña, la URSS, Francia y Estados Unidos. Se me dirá que aquél era asunto de la diplomacia. No. Era un asunto de doctrina.

En el plano interior, se estableció una confusión peligrosa entre el partido y el Estado. El Estado quedó subordinado al partido. El partido gobernó. Y hubiera tenido que gobernar el Estado gracias al partido.

En toda colectividad humana activa, el principio de la jefatura tiene que estar temperado por otro, que no es más que el siguiente : el ser humano, el jefe puede equivocarse. Resulta fatal, inclusive, que se equivoque sobre los acontecimientos y los hombres. Tiene que recibir, por tanto, consejo e información. El pueblo no debe darle tan sólo posibilidad de equivocarse, sino también de rectificar. Entre el partido y el Estado podía haber un árbitro : el ejército. Obré de tal manera que el ejército no fue nunca árbitro. En apariencia, se sometió finalmente al régimen. En realidad, y en muchos casos, se fortificó en la oposición.

En la revolución nacionalsocialista, el nacionalismo sobrepasó en mucho al socialismo. Roehm no se equivocaba totalmente. Dejemos a un lado su triste personalidad, sus vicios innobles y su ambición alimentada por la pequeña pandilla que le rodeaba. Jefe

de las Secciones de Asalto, deseaba que se llevara a cabo en Alemania una verdadera revolución, desde la cumbre a la base ; una revolución popular que no podía hacerse de otra manera que contra la fortaleza del conservadurismo alemán : el Estado Mayor. Muchos hombres eran de idéntica opinión en el seno del partido. Como no les faltaba la memoria, recordaban las innumerables dificultades suscitadas por el ejército al partido desde el «putsch» de Munich y las tortuosas maniobras de los generales Groener y Kurt von Schleicher, ministros de la Reichswehr.

Las Secciones de Asalto proclamaban que «querían aniquilar a todos los auténticos enemigos del socialismo alemán». Por ello, Papen, Schleicher y las gentes del centro se agitaban mucho. El discurso de Franz von Papen, pronunciado el **17** de junio de 1934 en la Universidad de Magdeburgo, fue muy amenazador. Las palabras de Roehm y los suyos no lo eran menos. Y fueron éstos quienes me parecieron más peligrosos. En mi discurso del 13 de julio de 1934, dije que «las pasiones se llevaban a su paroxismo»; Alemania parecía amenazada por una nueva revolución sangrienta. La que se ha llamado «noche de los cuchillos largos», la del 30 de junio de 1934, fue en realidad un triunfo del ejército. **El** mariscal Von Hindenburg me remitió un telegrama de felicitación :

«... ha salvado usted al pueblo alemán de un grave peligro. Le testimonio mi sincero reconocimiento y mi profunda estimación.»

El ejército, hasta entonces muy reticente, aparentó unirse al régimen. Los efectivos de las SA descendieron de tres millones a un millón y medio. Me convertí en su jefe supremo y las llevé a una vía muerta, mientras creaba, por ley del 21 de mayo de 1935, un ejército nacional : la Wehrmacht. En octubre de 1936, sus efectivos alcanzaban ya un millón quinientos diez mil hombres.

Quise remplazar el antiguo ejército de casta por un ejército nacionalsocialista. Fracasé. Había que nombrar generales y no quedaba otra solución que escogerlos entre los coroneles de la Reichswehr. Tanto en época de paz como en tiempo de guerra, todo general dispone, según la tradición, de un estado mayor :

un coronel o un teniente coronel, dos comandantes, media docena de capitanes y tenientes, sin hablar de un conjunto de suboficiales, cabos, secretarios, telefonistas y enlaces. Todo esto significa mucha gente. En tiempo de guerra, esta gente está ocupada en hacer la guerra. En tiempo de paz, las necesidades burocráticas pueden solventarse fácilmente en dos o tres horas diarias. ¿Qué hacer el resto del tiempo?

De 1935 a 1939, la mitad de los generales alemanes cubrieron gran parte de su tiempo libre interesándose muy íntimamente en la política. El general Beck, jefe del Estado Mayor general de la Wehrmacht ; el general Von Fritsch, comandante en jefe del ejército de tierra ; el coronel — que muy pronto sería general — Hossbach, ayudante de Beck, que era muy amigo del almirante Canaris, jefe de los servicios de contraespionaje e información y el general Hoepfner, estaban entregados casi constantemente a la conspiración.

Me vi obligado a mandar al retiro al jefe del ejército, el mariscal de campo Von Blomberg : se había casado con una secretaria, Eva Grühn, de la que los servicios de Canaris probaron que había tenido que ver anteriormente con la policía por razones que la moral reprueba. Heydrich me comunicó, además, un falso expediente que concernía a las «costumbres particulares» de Fritsch : se trataba, en realidad, del expediente de un capitán de caballería apellidado Von *Frisch*. Hice ejecutar al autor de aquel falso testimonio, un cierto Hans Schmidt.

Otras informaciones llegaron a mis manos concernientes a unos treinta generales conspiradores, que fueron objeto de traslado o retiro, al mismo tiempo que Fritsch, a quien escribí una carta para «destacar sus eminentes méritos». Entre los conspiradores sancionados, citaré al general Von Niebelschütz, inspector de las Escuelas militares ; el general Von Pogrell, inspector de caballería ; el general Von Wachenfeld, del estado mayor del Aire ; los generales Von Kleist, Ritter von Leeb, Witzleben ; Kress von Kressenstein ; Wilberg y Lutz, este último comandante de las tropas blindadas, etc.

Ni Beck, ni Von Fritsch, ni Von Kleist creyeron al general Gunderian. Su táctica revolucionaria de los blindados les parecía utópica. Si dispusimos de divisiones blindadas no fue, ciertamente, por el apoyo que ellos nos prestaron.

Mi política de fuerza corría el peligro de llevar a la guerra. No lo ignoro. Tenía necesidad, por tanto, del apoyo del ejército, de su apoyo sin reserva y para obtenerlo, pagué con el precio de la sangre y sacrifiqué a los antiguos combatientes, a los revolucionarios sinceros. Me di entonces cuenta con el mayor estupor de que los generales no querían hacer la guerra. No querían defender el Reich y temblaban ante la revolución popular y sincera. Algunos llegaban a imaginar mi detención y asesinato. No se atrevieron. «Pedaleaban», expresión que en alemán significa que se dobla la cerviz por arriba y se pegan puntapiés por abajo. Eran timoratos, pusilánimes y se sentían temerosos por el esfuerzo de armamento que les exigía y los planes que les exponía. Se miraban alarmados entre sí y limpiaban su monóculo al tiempo que declaraban irrealizables todos mis proyectos. Después, saludaban dignamente, se retiraban a sus despachos donde, tras haber advertido al estador mayor, escribían interminables informes — que hacían circular secretamente — para explicar que yo estaba loco y que ellos no estaban preparados.

¡ *Nadie* estaba preparado ! En 1936-37 solicitaron de cinco a diez años de preparación. En aquel momento, Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña y Francia estarían también dispuestos y nos aplastarían. Me vi obligado a purgar al ejército y decidir, el 4 de febrero de 1938, que ejercería personalmente el mando supremo de la Wehrmacht.

En sustitución de Blomberg, el Estado Mayor quiso imponerme a Beck, jefe de la conjura contra mí. Me negué en redondo y escogí al general Wilhem Keitel. Tenía rango de ministro, pero obraba en todo «en nombre del Führer». A partir de aquel momento, el gran Estado Mayor de aquel ejército al que había sacrificado las Secciones de Asalto no actuó más que con una repugnancia manifiesta. Les disgustaba estar a las órdenes de «un cabo bohemio» (1).

Hubo, ciertamente, generales de tropas de tierra que me sirvieron fielmente. ¿Pero cuántos otros esperaron con paciencia el momento de sabotear un mandato, encontrar los fallos de las ór-

(1) El calificativo se atribuye a Hindenburg y a un error de éste, que con fundió Braunau, en el Inn, la población natal de Hitler, con otro Braunau, situado en la región de los sudetas, es decir, en la parte occidental de Bohemia. (*N. del T.*)

denes del «cabo» o desear incluso eliminarle físicamente? No me perdonaron nunca que fuera su superior. Deseo hacer la observación empero de que estos oficiales, *nobles* en su mayor parte, me habían prestado juramento de fidelidad y que *ninguno se vio obligado jamás a dar su palabra de honor*. Desde el final de la guerra, las innumerables *Memorias* de militares alemanes, sus declaraciones a la prensa alemana y extranjera demostraron que muchos de mis generales no solamente traicionaban y formaban parte de abundantes conjuras, sino que se sentían orgullosos de ello. Encontraban absurdas mis órdenes. Más adelante diré por qué, en efecto, eran absurdas con frecuencia.

La mayor parte de aquellos generales no entendían nada. Nuestra tarea era reunir a todos los alemanes en el Gran Reich. Nuestro ejército tenía que imponerse para ello. Es posible que pudiéramos librarnos de utilizar nuestras divisiones, nuestros aviones y nuestros barcos. Pero si nos veíamos obligados a utilizarlos, tenía que ser mediante una guerra relámpago : una guerra de demostración que nos permitiera negociar sin dejar tiempo al adversario para que preparara largas hostilidades. Aquél era mi plan. No podía realizar la primera parte contra la unánime opinión del Estado Mayor alemán y hombres como Beck, que no entendían nada sobre la nueva táctica de los carros blindados. Cuando Guderian le subrayó que los jefes de las unidades blindadas tendrían que estar siempre en la punta extrema de la unidad de combate, se encogió de hombros :

—Lea usted a Schlieffen — le dijo —. ¿Cómo quiere dirigir un combate sin mesa, mapa y teléfono?

José Stalin fue más expeditivo que nosotros. Comprendió que para ganar una gran guerra contra Alemania había que suprimir antes físicamente a los generales, a los que se suponía en inteligencia con el enemigo. Hizo así fusilar en 1937 a los mariscales y generales cuyos nombres se dan a continuación : Tujachevsky, Bliicher, Gamarnik, Kork, Eideman, Primakov, Levandovski, La kir, Uborevich, Feldman, Putna, Schmidt, Kuzmitchov, Kachirin, Dybenko, Smolin, Ozolin, Hekker, Kuibychiev, Jripin, Mezis, Bokis, Alksnis, Bielov, Egorov, Savitsky, Velikanov, Gorbachov, Sujrukov, Tkatchev, Pomenratzev, Apse y algunos otros. No decapitó

por ello al Ejército Rojo. Salvó a su país. Cuando se hace la guerra es mejor dar órdenes a un general de talento modesto que a un técnico brillante que sea un adversario político y trabaje para el enemigo.

La revolución tenía que ser una creación continua. Una vez liquidados los pretorianos de las SA en provecho del ejército, abandoné la revolución permanente en beneficio de un conservadurismo de hecho. La revolución nacionalsocialista estaba apenas esbozada. Volví así a la concepción tradicional del mundo que tenía la burguesía prusiana. Aquella vez se trataba de un militarismo contra los militares, animado por una especie de romanticismo racista, no alemán sino germánico. La «Noche de los cuchillos largos» fue una contrarrevolución.

¿Hasta qué punto puede engañarle a uno la propia propaganda? Es evidente que si un pueblo no se protege contra los asaltos repetidos de elementos extraños a la etnia que ha hecho su fuerza, su genio y su gloria, desaparecerá fatalmente. De esto a declarar en primer lugar que el pueblo alemán era puramente germánico y en segundo, que los alemanes tenían que dominar Europa y colonizar el continente, había un abismo que quisimos franquear.

La imagen que dábamos del germano constructor y dominador era la del hombre rubio, alto y de ojos azules. Para no escoger más que algunos ejemplos entre los dirigentes nacionalsocialistas, mi ayudante personal Hess, era moreno ; Goebbels era bajo y muy moreno ; el gran almirante Doenitz era moreno. Yo era de estatura media y tan moreno como Goebbels. En cuanto a Himmler, jefe de las SS, formación que simbolizaba el germanismo militante, era moreno también. Tenía el aspecto insignificante de un ratón de biblioteca.

Podría multiplicar los ejemplos para demostrar que nuestra doctrina racista, tal como se presentaba y propagaba, parecía una mixtificación. Cuando ocupábamos la mayor parte de Europa, discutíamos con la mayor seriedad las ventajas y los inconvenientes que presentaría la germanización de ciertas poblaciones francesas, belgas, holandesas, polacas o croatas. Himmler afirmaba que los eslavos no eran dignos de ser germanizados y

que precisaba relegarlos a las estepas situadas más allá de los Urales. Resultado : que hoy ocupan Berlín. En lo concerniente a Francia, el jefe de las SS me explicó, en abril de 1942, que acaso conviniera concentrar a los niños «nacidos en Francia por casualidad, pero de raza germánica» en internados alemanes para «apartarlos de su nacionalidad francesa y hacerles adquirir conciencia de su sangre». Le respondí que «todas aquellas tentativas de germanización no me decían gran cosa». Himmler no insistió.

Era evidente que Himmler y Bormann preferían hablar de otras cosas en vez de evocar acontecimientos serios y graves. Con gran frecuencia hacían recaer la conversación sobre teorías racistas. Colocado en mis cauces preferidos, no tardaba en lanzarme sobre el tema. Mientras hablaba, me escuchaban con atención. Abundaban en mis tesis y así, cuando explicaba que la germanización de los checos y los polacos me parecía imposible y detallaba los fracasos de la monarquía de los Habsburgo, parecían tranquilizarse. Si yo parecía debilitarme en mis posiciones, acentuaban su racismo o bien hablaban de pintura o arquitectura con la finalidad de que derivara hacia otros temas no menos favoritos para mí.

En el extranjero e incluso en Alemania, el teórico del Reich germánico pasaba por ser Alfredo Rosenberg, un báltico de ojos verdes y aspecto bastante eslavo. Lo más curioso es que yo no estaba enteramente de acuerdo con él. Su libro *El mito del siglo XX* era una obra nebulosa, confusa, pesada, repleta de errores y que nunca había podido yo terminar. Rosenberg se había inspirado de una manera mediocre en el libro de H. S. Chamberlain, *Grundlagen des Neunzehnten Jahrhunderts*, aquella *Fundamentos del siglo XIX* que yo había leído y releído. No conocía a uno solo de nuestros dirigentes — exceptuando Rosenberg — que hubiera tenido el valor de leer por entero *El Mito*. Goering llegó a decir que era «mortalmente aburrido» : «capaz de fulminar un cachalote si hubiera sabido leer», añadía Goebbels.

Si bien me resultaba imposible desautorizar públicamente a Rosenberg, tenía la posibilidad, sin embargo, de prevenir a nuestros militantes que *El Mito* no expresaba la doctrina oficial del partido. Fue lo que hice. En su *Mito*, el pobre Rosenberg había querido abarcar demasiado y cometió graves errores que denunció la Compañía de Jesús en un neaueño folleto de cubiertas

azul celeste, escrito en 1935 por el padre Anton Koch. El propio cardenal Faulhaber, de Munich, atacó, además, a Rosenberg de una manera abierta. Tengo la sospecha de que nuestro desgraciado Alfredo — le llamábamos «el alegre Alfredo» puesto que era siniestro — llegó a intrigar cerca de algún canónigo del obispado para que el cardenal desatara los rayos del Índice. Apenas se habían vendido 10.000 ejemplares del *Mito*, a pesar de haberse beneficiado, en 1934 y 35, de una enorme publicidad en la prensa del partido. Fueron las críticas del cardenal y el folleto de Koch las que proporcionaron el *Mito*: llegaron así a venderse 250.000 ejemplares. Avido de explotar aquel inesperado éxito, Rosenberg respondió a sus contradictores muy torpemente en su obra *Los Oscurantistas de nuestra época*. Aquello me enfureció tanto que estuve a punto de hacer que prohibieran el libro, en cuya cubierta aparecían nuestros SA con antorchas en mano. Mandé llamar a nuestro alegre Alfredo y le dije que prefería con frecuencia la lectura de *La Gaceta de Frankfurt*, fundada por judíos, a la del *Beobachter*, de la que era él redactor jefe. Le leí algunas frases del *Mito* y los *Oscurantistas* inquiriendo cuál era su significación. Fue incapaz de responderme con claridad.

—Como puede comprobar — le dije —, el oscurantista es usted.

¿ Podía considerarse inferior a un alemán rubio un alemán moreno o castaño, de ojos negros o pardos, como había a millones en Alemania y Austria? Todos los europeos son mestizos arios, con un fondo nórdico, céltico o alpino, etc., más o menos acentuado. Había que sustituir, por tanto, la noción de raza por la de *etnia*, más dilatada y precisa. La doctrina de la superioridad germánica, aceptada como postulado, nos alienó finalmente comunidades e individuos que no pedían más que luchar a nuestro lado contra el bolchevismo y construir con nosotros una Europa nueva en la que cada cual ocuparía su lugar.

En aquella Europa caótica de 1934-39, nos encaminábamos hacia una prueba de fuerza. Nuestra doctrina, que hubiera tenido que ser, ante todo, una proclamación de solidaridad con todos los europeos anticomunistas, afirmaba, por contra, nuestra superioridad. Al declarar que el nacionalsocialismo no era un artículo de exportación, nuestra famosa concepción del mundo (*Weltanschauung*) consagraba el espléndido aislamiento de Alemania. El

Gran Reich germánico no existía. No podía construirse si seguía mos el camino que yo había escogido, más que a golpe de operaciones militares para las que necesitaríamos el concurso de aliados y neutrales. Era dar muestra de poca habilidad pretendernos superiores a todos los otros pueblos europeos. De hecho, quería mos construir el Gran Reich gracias a una doctrina que no era tan sólo estrechamente nacionalista, sino que excluía, en el interior mismo de nuestras fronteras, tipos humanos clasificados como inferiores. Nos aislábamos voluntariamente al designarnos como *germanos, encargados por la Providencia de una misión superior*. Los británicos, en nombre de Houston Stewart Chamberlain ; los franceses en nombre de Gobineau, Toussenel, Drumond, Lapouge podían pretender también que sus etnias celtas, francas, normandas, alpinas y sajonas eran iguales sino superiores a la «raza» germánica. Confundíamos *opción y realidad*. Sin duda, la exaltación del germanismo había sido útil antes de la ocupación interna del poder. Pero a partir de aquel momento, se trataba de vencer y persuadir en el exterior. Pero nuestra concepción del mundo dejaba así de ser un medio de lucha para convertirse por sí mismo en un fin.

Una política que afirmaba la superioridad del «pueblo germánico» sobre todos los demás era inútilmente peligrosa. Constituía una provocación. Hubiera tenido sentido de haber dominado el Reich germánico el mundo militar, moral, científicamente y desde el punto de vista de las artes. Pero no era así. Suponía una superioridad inexistente y carecía de sentido.

Las contradicciones, la poca habilidad y el sectarismo de nuestra política racista aparecían enmascarados por las manifestaciones masivas, por la movilización de un pueblo en nombre de la fórmula *Ein Reich, ein Volk, ein Führer*. Sin embargo, yo había hecho promesas y tenía que mantenerlas. ¿Cómo?

¿Podía proseguir una política de expansión mediante la fuerza con un estado mayor hostil a mi espalda? Los acontecimientos se precipitaban ya con fuerza torrencial. Se había recobrado triunfalmente el territorio del Sarre el 13 de enero de 1935: 477.000 votos en favor del Reich y 48.000 en favor de Francia. Debimos este éxito a un viejo combatiente del partido, Josef Bürckel.

A finales de 1933, cuando me afiancé en el poder, ordené que cesara la colaboración entre la Reichswehr y el Ejército Rojo. Se ha dicho que la ruptura estuvo provocada por los soviéticos en el mes de abril. Sin embargo, del 8 al 28 de mayo de 1933, el general Von Bockelberg, jefe del servicio de material de la Reichswehr, que se había trasladado a la URSS para inspeccionar los campos de maniobras de los carros de asalto y los aeródromos de Kazan y Lipetz, fue recibido de manera muy cordial por sus colegas rusos. Tuvo una larga conversación con el mariscal Vorochilov, comisario del pueblo para la Defensa de la URSS. Muy deseoso de proseguir la colaboración, Vorochilov sugirió que se desarrollara según acuerdo en la cumbre entre los dos gobiernos. El general Von Bockelberg me redactó un informe favorable en este sentido (13 de junio de 1933). Escribió :

«Es vivamente deseable la cooperación del Ejército Rojo y la industria soviética de armamentos, no sólo por razones de política de defensa, sino también desde el punto de vista de las experiencias y los resultados técnicos.»

No hice caso y finalizó la colaboración militar con el Este, tras una serie de banquetes clandestinos que reunieron a oficiales de estado mayor rusos y alemanes y en los que se hicieron brindis, como acostumbraba a efectuarse entre buenos camaradas que eran. Por parte alemana, se lamentó que «acontecimientos adversos separaran a buenos amigos»; por parte soviética, declaró un comandante de aviación «que la aviación soviética no podía más que elogiar una colaboración que tan fructuosa había sido, tanto desde un punto de vista técnico como táctico».

Semejante cordialidad me disgustó. No tenía, ni podía tener más que una confianza muy limitada en Moscú. En el Kremlin, se hicieron elogiabiles esfuerzos para evitar una ruptura completa. Krestinsky, comisario adjunto del pueblo para los Asuntos Extranjeros, que había sido embajador en Berlín y el propio Vorochilov intentaron mantener el *statu quo* por todos los medios. Krestinsky multiplicó sus gestiones para mantener una conversación decisiva conmigo. Pero yo estaba en 1933-34, completamente de acuerdo para tratar con la Polonia del mariscal Pilsudski y el Oeste *contra* la URSS.

José Pilsudski era un hombre enérgico, aunque bastante taciturno. Gracias a las lecciones sacadas de la marcha sobre Roma, de Mussolini, se había apoderado del poder en 1926. Tras asegurarse el apoyo de los ferroviarios y algunos sindicatos obreros, avanzó sobre Varsovia con dos o tres regimientos fieles que hicieron entrar fácilmente en razón a los soviéticos marxistas y los políticos temblorosos. Polonia no era en absoluto una democracia, sino una dictadura de estilo fascista y fachada militar. El país temía a la URSS más que a la Alemania nacionalsocialista y me habría entendido perfectamente con el mariscal si no se hubiera retirado prematuramente al palacio del Belvedere, para morir finalmente en mayo de 1935, a los sesenta y ocho años de edad. Desde hacía algunos años pertenecía a esa categoría de personas de las que no se sabe muy bien si están muertas o viven.

El coronel Beck y el mariscal Rydz-Smigly, que le sucedieron, eran unos jactanciosos : el primero se creía Paderewsky, el segundo, Napoleón Bonaparte. Sin embargo, Beck — ministro de Asuntos Exteriores — acudió a Berlín en 1935 para pasar revista a las tropas alemanas y firmar un acuerdo conmigo. Francia parecía desconcertada. ¿Iba a invitar por su parte a Polonia? No lo hizo.

Por aquella misma época, Francia concertó aquella alianza con la URSS que yo había desdeñado. El presidente Laval firmó con los soviéticos un pacto dirigido únicamente contra Alemania y la URSS acordó una alianza militar de carácter paralelo con Checoslovaquia. Protesté a las potencias cofirmantes de los tratados de Locarno (16 de octubre de 1925): Gran Bretaña, Francia, Italia, Polonia, Bélgica y Checoslovaquia.

Había que tomar una posición clara. Me pareció que la mejor de las soluciones era la paz, una larga paz en el Oeste. El 7 de marzo de 1936 propuse desde el Reichstag a Francia, Bélgica y eventualmente a Holanda, un pacto de no agresión de veinticinco años de duración e invité a Inglaterra e Italia a firmar aquel pacto en calidad de potencias garantizantes. Entre otras cosas, dije esto :

«Durante los tres últimos años me he esforzado constantemente y por desgracia, frecuentemente en vano, para encontrar una base de entendimiento con el pueblo francés. ¿Sería posible poner fin a la inútil lucha secular que no ha aportado, no puede

aportar y no aportará a ninguno de los pueblos una decisión definitiva? ¿Por qué no remplazar aquel conflicto por los resultados de una razón superior? El pueblo alemán no está interesado en que el pueblo francés sufra. Y a la inversa : ¿qué interés puede tener para Francia que Alemania caiga en el caos? ¿Qué provecho sacaría el campesino francés de la miseria del campesino alemán y viceversa? ¿Qué ventaja sacaría el obrero francés del bajo nivel del obrero alemán? ¿Y qué beneficio tendría para Alemania, para el obrero alemán, para las clases medias y el pueblo alemán que Francia fuera tocada por la desgracia?... No rehúso y no he rehusado nunca colaborar con Rusia ; pero me niego a colaborar con el bolchevismo que pretende la dominación del mundo. Tiemblo por Europa al solo pensamiento de lo que le ocurriría a nuestro viejo continente superpoblado si la irrupción de esta ideología asiática de destrucción y subversión de todos los valores asegurara el triunfo de la revolución bolchevique».

El 21 de marzo, mi plan se publicó oficialmente. He aquí sus grandes líneas :

«Igualdad de derechos de todos los Estados europeos ; mantenimiento provisional del *statu quo* militar en el Oeste ; conclusión de un pacto de no agresión de veinticinco años entre Alemania, Francia, Bélgica y los Países Bajos bajo la garantía de Gran Bretaña e Italia ; educación pacifista de las juventudes francesas y alemanas ; creación en Ginebra de una comisión francoalemana de información e investigación ; ratificación de los compromisos precedentes por un plebiscito en Francia, en Alemania, en Bélgica y en los Países Bajos ; conclusión de pactos bilaterales de no agresión entre Alemania y sus vecinos orientales ; vuelta inmediata de Alemania a la Sociedad de Naciones ; institución de un Tribunal internacional de arbitraje europeo ; reducción de armamentos ; prohibición de bombardeos aéreos a ciudades abiertas ; prohibición de los carros de combate pesados y la artillería de gran calibre, etc.»

Se hacía necesario, evidentemente, tomarme la palabra y aceptar aquellas propuestas. ¿Por qué no se hizo? En sus *Memorias*, Churchill reconoce que no era imposible evitar la guerra. Aquel

plan susceptible de mantener durante veinte años la paz me hubiera dado una independencia preciosa respecto al Estado Mayor. Era lo que yo deseaba. No creo que la URSS, ni Francia, ni Gran Bretaña lo ignoraran. Pero en Francia consideraban inútil tratar conmigo porque estaban convencidos de que me iba a liquidar un día u otro el ejército, unido en aquella ocasión a la oposición de extrema izquierda.

Puede decirse siempre que había la posibilidad de que cambiara de opinión. Pero tal posibilidad no existía entonces. Se trataba de saber si Gran Bretaña y Francia estaban dispuestas a aliarse conmigo. Yo no tenía ningún interés en las zonas del oeste y el sur de Europa. Ni Alsacia-Lorena ni el Tirol meridional me interesaban. Unificando un Reich alemán en el centro y el este podía mantener mis promesas.

Por desgracia, Francia se encontraba en aquellos momentos en plena fiebre preelectoral. El presidente Laval había cedido su lugar al presidente Sarraut, que no ocupó más de cinco meses el poder y fue remplazado por León Blum y su gobierno de Frente Popular. ¿Pensar siquiera en un pacto de veinticinco años con Hitler? ¡Qué locura!

Y sin embargo, había un gran mérito por mi parte al tender la mano a Francia. Lo expliqué ante el Reichstag el 3 de marzo :

«Es mucho más difícil para un nacionalista predicar la reconciliación a su pueblo que hacer lo contrario. Para mí, hubiera resultado mucho más fácil excitar los instintos de desquite que despertar y cultivar de una manera duradera el sentimiento de que es necesario un entendimiento europeo. Y es lo que he hecho. He limpiado a la opinión pública alemana de cualquier clase de rencor contra mis vecinos.»

En aquellos mismos momentos, el Kremlin, que las potencias occidentales creían mi enemigo, no dejaba de hacerme proposiciones, que yo rechazaba una tras otra.

El jefe de la legación comercial de la URSS en Berlín, David Kandelski, representante personal de Stalin y georgiano como él, trabajaba sin descanso para la consecución de un pacto germano-soviético. Yo seguía en mis trece de querer tratar con el Oeste, con Occidente. Y sin embargo, de haber aceptado las propuestas

de Kandelski, Stalin y yo habríamos dominado fácilmente Europa y acaso el mundo. Kandelski me hizo saber que las cláusulas del tratado de Versalles — que el Parlamento americano ni siquiera había ratificado tenían que ser «completamente revisadas y profundamente modificadas» en favor del Reich. A pesar de ello, seguro de contar con la aprobación de la mayoría de mis compatriotas, rechacé un nuevo Rapallo en 1936-37.

Cuando anexioné Austria, el 13 de marzo de 1938, Stalin no se alteró. Finalmente se consiguió llegar en el Oeste al acuerdo de Munich (septiembre de 1938), seguido, el 30 de septiembre, por una *Declaración de Buena Vecindad* entre Gran Bretaña y el Reich, y luego, el 6 de diciembre, por un acuerdo idéntico entre Francia y Alemania. Mi ministro de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, se fue a París, donde reanimó — uniformado de general de las SS — la llama del Soldado Desconocido bajo el Arco del Triunfo.

Lógicamente, hubiéramos tenido que desembocar en un nuevo Pacto de los Cuatro entre Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia, es decir, llegar a la solemne revisión del Tratado de Versalles. El Premier británico declaró en los Comunes, el 1 de noviembre de 1938:

«Considero que el acuerdo de Munich no fue una derrota para la democracia, ni para la causa del derecho y el orden. Geográficamente, Alemania tiene derecho a ocupar una posición predominante en la Europa central.»

¿Qué ocurrió después? El 7 de noviembre, hacia las nueve de la mañana, un joven judío polaco llamado Herschell Grinszpan, entrado clandestinamente en Francia y que acababa de ser objeto de una orden de expulsión, asesinó en París a un diplomático de carrera, nuestro consejero de embajada Ernst von Rath, sobrino del embajador alemán Koerst.

Inmediatamente y sin prueba alguna que así lo atestiguara, Goebbels afirmó en *Der Angriff* que Churchill y Duff Cooper habían armado la mano del asesino. Las represalias contra los judíos fueron tan brutales en Alemania, que tuve que dar personalmente la orden de que cesaran. Demasiado tarde. La prensa mundial se desencadenó contra la *barbarie nazi* con tal violencia, que

el muy serio periódico francés *Le Temps* llegó a decir que «ciertos relatos publicados en el extranjero habían exagerado aquellos trágicos incidentes». Pero las pasiones se habían excitado ya. Mussolini aprovechó la ocasión para reivindicar Córcega, Saboya y Túnez. Mediante manifestaciones masivas, Italia provocó a Francia y el Duce me llamó por teléfono para impedir que devolviera a los franceses las cenizas del rey de Roma, hijo de Napoleón. Ni la diplomacia, ni la política, ni el buen sentido, ni la prudencia predominaron a partir de aquel instante en ambos campos. Reinó tan sólo el odio. Un odio implacable. Herschell Grinszpan declaró primeramente que había asesinado al joven Von Rath a falta del embajador y «para hacer un ejemplo». Poco después afirmó que lo había matado porque había tenido «relaciones culpables» con su víctima. Es evidente que Grinszpan mató porque era judío y el consejero Von Rath representaba al III Reich. Era la repetición del drama de Sarajevo (28 de junio de 1914), pero yo me resistía a admitirlo así.

Y es que yo no era exactamente el *Führer*, el *Jefe*. Estaba irresistiblemente impelido por millones de hombres y mujeres que habría precisado moderar y calmar. Yo no era lo suficientemente fuerte y prudente para hacerlo. Las advertencias de las potencias occidentales se multiplicaron. Acepté el desafío.

El 15 de marzo de 1939 estaba yo en Praga. Hungría ocupó Rutenia : yo «protegí» casi inmediatamente a Bohemia y Moravia. No se vertió una sola gota de sangre. ¿Pero dónde iba a detenerme? Era la pregunta que todos se hacían con indignación e inquietud. Se sabía que a la sazón mis miradas estaban vueltas hacia Dantzig: deseaba que aquella antigua ciudad hanseática volviera al Reich. Sir Neville Henderson, embajador de Gran Bretaña en Berlín, escribió a lord Strang : «La historia juzgará que la gran responsable de la guerra fue la prensa en general... Puede usted creerme, si lo desea : entre todos los alemanes, Hitler es el más moderado...».

Si no me resulta posible eludir mis responsabilidades en la espantosa aventura dantziguesa, no menos imposible resulta negar que los juristas de Versalles crearon en 1919, con este territorio alemán y por culpa del artículo 103 del tratado, una situación propicia al desencadenamiento de una nueva contienda. En nombre de los principios expuestos por el presidente Wilson, la

delegación alemana en Versalles había protestado con energía contra la creación de la llamada «Ciudad Libre de Dantzig». El diputado socialista por París, Marcel Sembat, antiguo ministro, se indignó en la Cámara de Diputados, el 4 de septiembre de 1919, gritando : « ¡ Dantzig lleva en sí el germen de una nueva guerra ! » El propio José Beck, ministro polaco de Asuntos Exteriores, pudo escribir (véase *Política polaca*, 1926-1929, Neuchâtel, 1951):

«El estatuto de la Ciudad Libre de Dantzig fue sin duda la creación más extraña y complicada del tratado de Versalles. No podía por menos que pensarse que se redactó de aquella manera para conservar una fuente permanente de conflictos entre Alemania y Polonia.»

En cuanto al suizo Karl J. Buckhardt, Alto Comisario de la Sociedad de Naciones en Dantzig, al que yo conocía muy bien, escribía el 26 de julio de 1939 al secretario general de la Sociedad de Naciones en Ginebra, Joseph Avenol :

«Por su parte, los polacos daban pruebas de un nerviosismo extremo. Las notas constantemente intercambiadas adquirían un tono de vivacidad inusitada en los anales de la diplomacia y en cuanto a los procedimientos administrativos empleados por una y otra parte con las minorías, se fundamentaban en la ley de Talión. Por parte de los polacos, se insinuaba un concepto peligroso y aún peor, puesto que se decía que una guerra general sería la única y última salvación para la República. Se comenzaba a pensar en la catástrofe como algo inevitable ; se pronunciaron palabras desprovistas de toda medida y el resultado de todo aquello fue una especie de envenenamiento psíquico en aquella desgraciada ciudad, donde comenzaban a evolucionar los pájaros de mal agüero, bien por sus intervenciones personales en el debate local, bien por los reportajes fantásticos que publicaban : aquellos pájaros de mal agüero eran los periodistas.»

A partir de aquel instante, la situación fue agravándose de día en día (1). Me daba cuenta de ello y no me fue posible permanecer más tiempo aislado. Tras haber leído las traducciones de los principales periódicos continentales, quedé convencido de que no era posible ningún entendimiento en el Oeste. Nadie quería tratar en aquel lado con un «bribón» y con el «jefe de los gangsters nazis». Se impuso así mi temperamento de persona nacida bajo los signos Tauro-Aries : conocía a un hombre del otro lado que iba a sentirse muy dichoso de tratar conmigo. Desde hacía cuatro años, no esperaba Stalin más que aquella ocasión. Un enviado especial del dictador soviético, Astakhanov, había preparado el camino, como antes Krestinski y Kandelski. Así es que acepté aquella ocasión. Ribbentrop se fue a Moscú para preparar el pacto germanosoviético mientras la misión francobritánica que se encontraba allá para conseguir un pacto militar con la URSS fue desengañada por el mariscal Vorochilov, otro partidario de la alianza conmigo.

El pacto francosoviético negociado por Laval cuatro años antes — en mayo de 1935 — había dejado de existir. El destino de algunos hombres resulta singular : Laval, como Mussolini, el mariscal Pilsudski, dictador de Polonia, y el propio Stalin, había sido miembro de la Segunda Internacional. Sería condenado a muerte por haber sido miembro del gobierno Pétain. El hombre que hubiera querido sitiar a Alemania o colaborar con ella, fue odiado y pagó con su vida por acciones que serán examinadas algún día con toda objetividad.

¡ Pactar con los soviéticos ! A aquello había llegado. Seguía el

(1) Sobre los orígenes de la guerra 1939-1945, G. Champeaux: *La cruzada de las Democracias*; George Suárez: *La agonía de la paz*; Bertrand de Jouvenel: *De una guerra a otra*; A. Rossi: *Psicología del Partido Comunista*; A. François-Poncet: *Recuerdos de una embajada en Berlín*; Robert Coulondre: *De Stalin a Hitler*; el número especial de *Lectures Françaises*, que dirige H. Coston: *Los orígenes secretos de la guerra* y particularmente los artículos de Henry Lebre, de P. A. Cousteau, de J. P. d Assac y de R. d Argile; de Georges Bonnet: *El fin de una Europa y Defensa de la paz*; Maurice Beaumont: *La derrota de la paz*; conde J. Szembek, diplomático polaco: *Diario 1933-1939*; José Beck: *Último informe: política polaca 1926-1939*; Georges Dillivier: *Franklin Roosevelt, el hombre de Yalta*; J. P. Taylor: *Los orígenes de la segunda Guerra Mundial*; Otto Abbetz, antiguo embajador: *Historia de una política francoalemana*; W. E. Scott: *El pacto francosoviético*, et cetera, así como *La Historia de la Colaboración*.